

zo brusco, recuerda, y frenos chirriando pero poco y "no paga a traidores", ¿quién?, salpicado del característico sonar de la gravilla suelta contra "si se tiene un oído muy fino no cabe" por preguntar en tono abstraído:

-¿Quién es quién?

-Willa, que quién es.

-Ah - porque él sí es cinéfilo y no como... ¡pero ya! -.

El personaje de Shelley Winters - dice - en no me acuerdo ahora del título, pero...

-No, si en realidad...- sintiéndose ahora algo avergonzada, contaba, por su vehemencia y que se dio aire con un periódico atrasado - no es que importe mucho...es sólo que. Anda, perdona, continúa.

-Pero si tampoco es nada del otro jueves - él.

-Imagínate - ella, un poco siempre un algo alocada, dispersa, ¿se centrará alguna vez en algo? - una veintena de personas sin nada en común y sin estar conociéndose de nada, ¿de qué podrían hablar?

Y añadió por su cuenta que sólo de bobadas. Subiendo enérgica la ventanilla que había acabado justo de bajar.

-Sí - él mucho más pausado, dónde va a parar, pero ahí los tienes, en fin -. No una conversación distinta de tantas otras.

Y debía de haber sido culpa del ¿cómo se llama?, el firme, un poco en mal estado, puede, porque ahora otra vez como la seda y sin solución de continuidad ha retomado los papeles, "lugares comunes", sé que estaba diciendo, y de todas maneras aún faltaban no sé cuantos kilómetros y tampoco teníamos otra cosa que hacer:

-Roma no paga a traidores - repitió; y me resonó en los oídos sin lugar a dudas el lumbago o ciática de la presbite, como de inmediato me confirmó la réplica descaradilla de una joven provista de un larguísimo cabello ensortijado y busto prominente

que se adornaba una de las aletas de la nariz con un pendiente que inquirió "¿qué, que a Calpurnia todo ha de remitirla al Sacro Romano Imperio?".

-Bueno - dijo serio el carnicero, sin apartar los ojos de un lugar allá en un rincón que para mi consciencia estaba en sombra porque nadie me lo había mencionado - ¡justo es que esté al lado de su esposo!

Y la rubia desteñida se interesa en: ¿pero por qué Calpurnia?. Y "pero no viene a cuento", la que cazaba potros salvajes a lazo de perlas.

-Es un aforismo - que explicó el de las gafas que miró por el ojo de Dios y ahora perdía sumas escalofriantes a la ruleta, allí, mirando cómo Joan Fontaine se agarraba una melopea...

-¡Pero si Joan Fontaine era comedimiento en estado puro!

-Cállate, ¿o es que te tienes que pasar la vida enmendándome la plana?

-¡¡¡Orden!!!

-...que se acomoda a muy diversos asertos - pero sin apartar la vista de la bola girando catorce rojo maldita sea pero él es un caballero, de los pies a la cabeza, y añade -: siempre que no se corresponden el din con el don puede encaj...

-Pero que le interrumpió una señora muy erguida que tejía punto de media con "pues ya es chascarrillo de mal gusto ir a decir eso y que lo apuñalen a uno por la espalda, precisamente" al tiempo que cambiaba las agujas de mano porque había terminado una vuelta.

-Pero es que no fue Julio Cesar - la de la ropa de firma y manos maltrechas.

-Pues, ¿quién lo dijo? - que preguntó un guardia con pistola al cinto.

-Publio Cornelio Escipión - el de los tejanos rotos y camisa inmaculada.

-El Africano - puntualiza el maleante presunto y con victo que amaba los cuentos. Y pega un respingo que le derriba casi de las manos la vasija cuando la voz inapelable de un juez de peluca empolvada exige, precediéndose de dos golpes secos de su martillito:

-¡Silencio en la sala o mando desalojar!

Y aún sobresale, por sobre la voz del letrado - que éste no la tiene cascada y lo digo por si tiene que constar - la de la niña que regaló los verbos objetando "pero no puede, que nosotros no estamos" y, su mamá "reserva tus palabras para cuando te toque, ¿no ves que después de tu imprudencia te has quedado sin nada?"; y todavía por sobre la de la niña - que aún responde "pues no me importa" - se deja oír el gritito nervioso de una monja confesando, desesperada:

-Dos cucharadas rasadas de harina por cada tres de azu car y la ralladura de un limón...¡oh, perdón!

Y que se santiguó.

-Por mi parte era una angustia haber perdido el hilo otra vez - rememora, ahora, y extrae la cinta del radiocasete y me dice que elija yo la siguiente y me decido por unos conciertos de chelo de Kabalevsky - porque, veamos, me dije, y me presioné las sienes con mis dedos índices, estábamos en a quién servía la del moño...¡Oh! - y golpea impaciente el volante con su mano, lo mismo que si el desconcierto de entonces lo estuviera de nuevo viviendo - ¿tendría que terminar con un ataque de histeria?, que no parecían dispuestos a concederme un instante de concentración (ni los ya manifestados ni los pendientes de comparecencia, como de inmediato supe) emitiendo sin pausa ni piedad sus voces remi sas a mantenerse sumidas en el eterno sueño del no ser, del para nunca jamás existir condenando a sus propietarios a las aterrado ras sombras del averno. Que de verdad ¡qué horror!

Y yo hubiera querido replicarle que para eso habían acudido. Pero bajó un poquito el volumen y siguió:

-Si se tiene un oído muy fino, no cabe duda de que entre porcelana y loza no hay color.

Que esta afirmación provenía de un señor con bigote y nariz aguileña a quien quien le hablaba, me había dicho divagando horas atrás, conduciendo a una lentitud exasperante y yo teniendo que morderme la lengua ya que me estaba haciendo el favor de llevarme, ya le había encontrado mucha pinta de compositor y que, sin saber el porqué nadie de los presentes pero con tanta resolución como si en ese preciso instante su obligación ineludible estuviera siendo esa y nada más, caminó hasta el joven de la camisa blanca -que "por cierto", me dijo - dice, doblando por un camino vecinal que, que le habían dicho, era un atajo - "siempre resultaba estar lejos de quien lo requería".

-Y, sin brusquedad, tomó de sus manos la navaja y el taco de jabón que recibiera del facineroso y fue, sin el menor titubeo, a obsequiarlos: la navaja a la de la pluma de pavo (la causante a mi juicio de la actual confusión reinante) - y se muerde el labio y "no sé si lo he hecho bien" pero de retroceder no dice nada -, y el taco a una monja que, retirada en una esquina, se entretenía silenciosa en tratar de introducir una diminuta bolita de metal en el gua minúsculo del laberinto de un llavero de propaganda pero sin lograrlo, supuse - que supuso, dijo, y que que a mí que me parecía y dije "no sé, yo no estaba" y ella respondió "digo del atajo" y yo dije "ah" -, ya que de tanto en tanto lo agitaba nerviosa con sus manos de porcelana y elevaba los ojos al cielo musitando apenas:

-¡Dios mío, ayúdame!

Y que tomó el taco y lo posó sobre su halda y un paísa no dijo que sí, que íbamos bien.

-Pues yo, en eso, mire usted que no me cato - reaparecía el hombre rudo que, sin apreciar diferencia entre antigüedad y cosa vieja, no apartaba los ojos del rincón que permaneciera en la sombra de mi consciencia, dijo, hasta que la monja facilitó

la recêta de algo que nadie le pedía, "pensaba yo", dijo, porque que no le había sido antes mencionado y...

Y al mirar yo por primera vez siguiendo su mirada escrutadora y aún incrédula "no sé yo el del garrote" es cuando me percaté de que el carnicero lo que miraba allí era a la monja del gua...

-Pero no sólo a la monja...¿qué me has dado?, no si te digo de verdad que hoy no hay manera de que cante yo nada...no sólo a la monja sino que, en todos los lapsos que mediaban en sus intervenciones, y en verdad era hombre de pocas palabras...toma, a mí este tres no me soluciona nada...si bien me sorprendió que supiera del marido de Calpurnia, pobrecita, cabezona y terca de que no acudiera esa tarde al Senado y que no le hizo caso...¡los hombres!..., se dedicaba a, con los codos afianzados en las rodillas muy separadas e incrustado en el centro de un sofá contra cuyos extremos se arrinconaban, a un lado, el adolescente enlutado, y al otro una viejecita preciosa con muchas puntillas que fumaba en una boquilla larguísima...

-¿No era esa la madre de...?

-No. Su intervención versó, contaron, sobre la soledad en que vivió siempre sin hijos, sin marido, sin cuñadas...

-¡Pobre!

-Se dedicaba a mirar - decía, colocando las cartas en abanico muy colocadito como todos los que no saben jugar - a cualquier parte, sí, el hombre del torso descubierto, pero, con preferencia, a las personas más que a los objetos y a las caras más que a los cuerpos...

-Y las miraba con una insistencia enconada.

-Que imprimía con fiereza muy parecida a la que pueda aplicarse a marcar reses con un hierro candente.

-Sí; lo he visto hacer así en películas del Oeste, en mi infancia, programa doble la primera de romanos la segunda del Oeste y tres pesetas, eran otros tiempos y ya se vive de otro

modo hay que reconocerlo.

Y tuvo la boca abierta para protestar "no me da la ga na de reconocer nada" pero, sorprendentemente, tuvo más fuerza un lejano "tengamos la fiesta en paz" y de inmediato apartó la idea, apartaba el hierro, los ojos porcinos (los maravillosos ojos verdes de ella, recuerda, que ella sospecha, o intuye, que no sabe ya, nunca se detuvo a mirar con atención ni con dulzura nadie), el hierro candente de sus pequeños ojos ávidos y un pun to fieros no desprovistos del todo de inocencia...

-Que de cosas finas, yo, ni papa - cruzadas sus mana zas velludas -, pero no se me despintará qué animalejo pueda ser el que se siente bullir tras una mata (un animal acorralado; "eso es lo que tú, Victoria, fuiste toda la vida", si bien siempre lo negó)...!Pero, déjela, joder no la violente...cagüenla!...

Y en este punto fue donde la voz intimidada de la mon ja se batió sin ira soltando cucharadas de azucar y de harina y ralladuras de limón con la del juez que a martillazos enpolvados imponía un silencio al que se resistía, como en sordina, la ace chanza de duda en la memoria de la del pendiente en la aleta que, a media voz, se preguntaba: ¿Calpurnia, Calpurnia?...no sé si no estaba yo queriendo decir Fulvia.

-Y se rascaba la frente con una mano pintadas las uñas de negro mientras con la otra se apartaba de los ojos bucles celestes.

-¿Fulvia?, ¿ese trozo de pécora?...anda, baraja tú...

-¡Fulvia...malvada mujer!...Pero ¿existe en algún lugar maldad tan pura, tan sin mácula, tan irreprochable?

-Corta...Gracias. Y el adolescente enlutado, que hacía globos con un chicle, le aconseja "casi mejor déjalo como estaba, que te vas a terminar liando".

Pero ella, tan modosa y con sus trenzas siempre, no di jo "pues eso es lo que pasa, que siempre me lío, que nunca me sé nada tan angustiada como vivo y temerosa siempre, quizá en el

instituto, sin uniforme".

Con niñas como ella y mamás parecidas. Y con niños, esos seres un poco salvajes que la hubieran hecho rabiar tantas veces.

-Pero nunca dijo.

-Y ¿para qué recordar lo que no había sido dicho jamás?

-¡Me acabo de acordar!

-¿Sí?

-Lawrence Olivier y Vivien Leigh...¿o tal vez era Oli
via de Havilland?

-¿Aquella que se llevó el v...? Oh, ¡no!...¡he perdido otra vez!, te digo que no vuelvo a estas partidas vuestras.

-¿Y quién está violando a la sol? - inquiera irritado un chino provisto de un gorro de cocinero -. Yo sólo la plesio-
naba pala sonsacale la leceta de unas losquillas de su conglega-
ción. ¡Qué balbalidá!

-Nadie te obliga. Nena.

-Ah - y el oso peludo de los ojillos fieros abre los puños que mantuviera apretados con fuerza -; siendo así...

-Ya - protesta cabezona la hermana pastelera - ¿pero y qué pasa con el voto de silencio que me ha hecho quebrantar?

Y poniéndose de pie camina hasta el joven que nada más quería ir a Paris, abandona el juego y se levanta de la mesa de la cocina, mohina, molesta, y se echa su estolita por los hom
bros, vas a llegar tarde anda ponte el abrigo, y recoge su bolso, busca tu cartera, con el cuello muy estirado, con la cabeza ga
cha, parece que va siempre de boda, ¡tan puesta!, tu rebecca no es igual que las nuestras, mira, no tiene etiqueta, ¡todo de mar
ca!

-Hasta mañana - altiva, sí, pero sabe que volverá maña
na, que en qué matará si no las tardes.

-Hala, dame un beso.

Y se marchaba deseando regresar, a la tarde, que seguro que le había hecho natillas y piensa, ya de mayor, que si es tan tan colosa quizá sea porque las natillas eran el hogar, el calor.

-¡¡Joroba!! - casi gimió, colocándose las alitas tan bien almidonadas de su toca.

Y le entregó su laberíntico llavero para regresar a su rincón con las manos unidas en actitud de oración y que únicamente separó para recibir en ellas el taco que al ponerse de pie cayera de su falda - mira, tonta, el as de oros por el que tanto suspirabas, y, ella, ¿pero y dónde estaba? pero que de todos modos es ya un poco tarde - y que ahora le entregaba el guardia ignorante de que entre Escipión el Africano y el apuñalado a traición mediaron cerca de dos siglos de pendencias que no son ni moco de pavo ni grano de anís...

-Pero nunca supo nadie que ella y aquella niña estaban siendo la misma persona.

...diciendo:

-Que se le cayó, reverenda.

-Y ella entonces replicó, un poco ya más vuelta en sí, gracias, angelito de Dios.

-O tal vez no. Que ya ni ella lo sabe muy bien.

-¿Y sus propios recuerdos?

-Yo me encontré uno ayer en el cajón de mi cómoda que aunque me retorcieran el pescuezo no podría decirte de quién es.

-Será un lapsus.

-Puede.

Y tomando el taco en sus manos permaneció pensativa unos momentos y agregó:

-Aunque, tal y como se han puesto las cosas, el resto, ¿qué puede ya importar?... (Ya es demasiado tarde. Pues no lo crea. ¡Vaya que no!. ¿No es increíble?. Sí es cierto que alguna versión hay...pero vaya a saber)...de modo que...- y se acercó diligente a la pila de fregar y se lavó las manos con el taco de jabón a medio tallar, y se las aclaró, y secándose las manos en la toalla que un querubín barrigudo le ofrecía solícito terminó - tres huevos, dos cascarones de aceite y a fuego lento en una

sartén honda. Ya está.

Y devolvió la toalla al querubín y todas las señoras cuchichearon tomando nota presurosas; que habían perdido cuenta de algún ingrediente. Y cuando ya hubieron guardado sus libretitas recordó:

-¡Oh, cielos. Una copita de ajeno!

-¿Una copita de ajeno? - me preguntó con extrañeza -, pensé que no bebías jamás.

-Pero tú la dijiste - argumenté.

-Llevo no sé cuanto rato sin despegar los labios - y despacito se metió en el arcén y -, anda, podemos dar un paseo y tomar algo allí - indicando un lugar al que no miré - ¿o tal vez no te apetece pasear?

-No, claro que sí - dije, además de que me venía de perlas porque hacía ya un buen rato que me estaba haciendo pis -. Me parece una idea magnífica, pero pido a Dios que sea un lugar tranquilo.

Y que si es que no sería posible encontrar lugares donde no hubiera voces y gestos y, bueno, dijo, tanto trajín, en fin, un poquito de quietud, de silencio, de paz y que la respuesta no la recuerda, si es que la hubo, y yo me digo - yo, ahora, desde mi aquí - a qué tantas preguntas, la vida puede ser tan sencilla y echó el freno de mano y tiró del picaporte pero sin llegar a abrir la portezuela más de dos dedos o tres.

Luego volvió a cerrar, pero tan flojo que el pestillo no llegó a enganchar y tuve la sensación de que había algo que quería decirme; pero no dijo nada y ahora volvía a abrir la puerta, suave pero del todo.

-Y salió, y se quedó allí de pie. Y yo salí también.

"Y ahora hace una pausa para cortar la hebra con los dientes y levanta la tapa de su costurero adornado con guindas y con hojas de fieltro y dice: no sé.

"Que no sabe, pero que de vez en cuando le cruzan por

la mente ideas muy extrañas - y se ríe y clava su aguja en esa almohadilla redonda que llevan siempre los costureros - aunque a lo mejor no sean tan descabelladas - dice, y me mira y pregunta si a mí no me ha pasado alguna vez y yo le digo que para decir la verdad no lo sé. Que puede que sí pero que no tengo conciencia de haberme parado jamás a considerar si pueden estar teniendo algo de ciertos; que nunca se me ha ocurrido detenerme a mirarles a los ojos en el fondo de la pared blanca de las tardes de invierno o hacer el amago de ir a hacerles cosquillas en el aire como mi padre me hacía de niña, sin llegar a rozarme, nada más el gesto y ya estaba yo pegando gritos

"-Y pidiendo auxilio por el pasillo clamando ay no no mamaita no de tan nerviosa que me ponía - le cuento, e intento yo también reirme y - ¡Si sería tonta!

"-Ya, pero - dijo ella - no sé si podrá ser lo mismo puesto que tu padre estaba verdaderamente estando allí, moviendo en el mismo aire real que respirabas tú sus manos que tú siempre dijiste para tus adentros no le corresponden, si las cosas no se hubieran torcido (o enderezado, que tú misma muchas veces pensaste - me recordó - que en el fondo había sido una suerte para él ...malhadada suerte, quizá y en cierto modo, pero...suerte al fin) tal vez él estaría teniendo ahora...

"Y aunque ella con su boca dijo en el momento ahora yo entendí bien que estaba queriendo significar entonces porque en el ahora de calendario de virgen con niño en la cocina hacía ya mucho tiempo que yo había dejado de acordarme de mi padre

"-O al menos de acordarse de una forma consciente - que alguien señaló - si bien sí era cierto que a veces, cruzando a última hora de la tarde el semáforo que queda justo delante de la boca del metro donde con frecuencia iba con la madre a esperar lo y ver a la joven de ojos pintados que vende ahora castañas

"-Ya no quedan castañeras como las de entonces - evoca - con su refajo y su mandil gris y pañuelo a la cabeza y rostro

curtido.

"-le viene a la cabeza el olor de aquellos tiempos

"-mezclados

"-sí, que no era uno

"-eran varios y, si olfatea, puede aún hoy aislar el que identificaba como el del muchacho con visera y voz carasterís tica de estar pregonando los periódicos de la tarde y ninguna otra cosa

"-y el del calor momentáneamente vacío que emanaba de las escaleras desiertas durante unos minutos, para, antes incluso de que llegara el rumor de los cientos de pasos que de un instante a otro comenzarían en manada cansina a subir los peldaños, as cender rápido

"-sí, que como una vaharada densa que la madre decía siempre luego la ropa te huele a metro

"-se le plantaba aquí, allí, en el centro mismo de la frente diferenciado y único y distinto del de las llegadas de to dos los metros anteriores aunque estuviera ella pensando en otra cosa y era sólo entonces cuando decía ahora

"-...ahora las mismas manos de hombre de campo rudos que tienen sus hermanos y no de señorito que sabe de cuentas y huele, olía, a papel y a números y a tinta

"-ahora sí, ya verás

"-y era verdad y eran sensaciones que constantemente la tenían intrigada y que se preguntaba infinidad de veces pero có mo

"-y regresando a casa, ella de la mano de la madre y la madre agarrada del mismo brazo en que el padre sujetaba su bastón le preguntaba cómo, cómo había ella sabido sólo por el olor que él estaba llegando en ese metro igual que había estado del todo segura de que no estaba llegando en el anterior a pesar de que ella la madre dijese puede que sí porque la hora ya es pero, dice, yo nunca le discutí y nada más seguí esperando porque

dijera lo que pudiese decir el reloj yo sabía que la que no se equivocaba de ninguna de las maneras era mi nariz".

Dice.

-Puede deducirse por tanto que es usted cazador, supongo. ¿No es así? - pregunta el de tez amarillenta.

-¡Hágame el favor de no contestarle! - ordena la señora guapa que amonestase a niño infeliz y que, justo al encararse con el defensor de sores en apuros y en tono por cierto bastante desabrido, lo torturó nuevamente obsequiándolo esta vez con un pellizquito de monja que aplicó en uno de los muslos que el pantalón corto del cuitado dejaba al descubierto - ¿Pararás quieto? ...No le conteste porque entonces se enzarzarán en una de esas horribles y sangrientas conversaciones en torno a la caza. Que a ustedes, los hombres, por su intrínseca naturaleza brutal y violenta, siempre les atraen esos temas tan groseros...tan viles... y, yo...como mujer sensible que soy... - hizo aquí otra pausa para propinar al chiquillo un pellizco nuevo -...me estás destruyendo los nervios, cariño (y el cariño que pronunciaba parecía - y la apreciación me sumió en inextricable dilema, dijo, ofuscándome - abstrusamente incuestionable) detesto cualquier manifestación de la crueldad...

Y que pestañeó como queriendo apartar de su entrecejo vaya usted a saber qué visión dolorosa adormilada y, en la tercera fila, se vio una mano alzada a la que no se prestó atención de momento y:

-Pero, ¿de verdad que se puede ser, así, sin la sombra de una duda, tan reduccionista? - el joven de los pantalones destrozados, que ahora se aproximaba a ella con cara sorprendida y, como si el laberinto de juguete que la hermana de la caridad le endosara pudiera obstaculizar el discurrir de sus argumentos, lo depositó en las manos de la del moño tirante que lo tomó, sí, pero mirándolo con remusgo (al llavero, que al joven sólo su vestimenta con desaprobación) que en un decir amén se trocó en infan

til sonrisa de triunfo a la vista de que con nada más una sacudida enérgica la bolita fue a alojarse en el gua.

¡Oh!

-No sé si me ha gustado eso - replica la guapa, pensativa y alzando una ceja al tiempo que con su pulgar presiona con insistencia contrita los rosetones en la piel del chico, como que riéndolos borrar - que a mí los istas siempre me...no sé...nacionalistas...sindicalistas...tan...¡Tesoro!, carita de aburrimiento que tiene mi chiquitín...

-Y que tomando entre sus manos la atribulada cabeza de su retoño, hijo de sus entrañas, que posó en su frente dos besos sonoros que pillaron por sorpresa a todos los presentes e hicieron enrojecer al crío y:

-Así que no me llame cosas raras.

Que dijo. Y que insistió con tenacidad al niño con si no le apetecería un helado o montar en los caballitos o algo; pero que el chico que no y que no.

-Lo que quiero decir - explicó el joven, paciente, aunque sí que no sé que sensación de ganas de abofetearla vibró en el ambiente - es que las cosas no son tan...¿cómo le diría?...lineales. A mi abuelo, por ejemplo, que fue la persona más bondadosa que conocí jamás, le entusiasmaba echarse una escopeta al hombro y largarse al monte.

-Aquella mano de la tercera fila, ¿está perteneciendo a alguien que tenga algo elucidatorio que aducir? - una voz fría, profesional, tras la puerta cerrada.

-No sé - la guapa. E hizo un mohín de no estar del todo convencida.

-Los gatitos, señor - replicó el que debía de estar siendo, si no venía a demostrarse lo contrario, el dueño de la mano - los vio matar.

-Siendo así - la voz.

-Una tarde de verano, señor, en su infancia, ella había

estado jugando con ellos y...

Pero, con tan sólo un par de golpes contra el muro ya todo fue silencio, los maullidos cesaron y el saco se quedó ya quieto y la niña, tan contenta que estaba, devolvió la comida no sé qué le ha podido pasar, dijo la tía, y toda la tarde ya en un rincón callada. No sé qué ha podido pasarle. Y cada vez que el tío, que cariñoso con ella lo fue siempre, se le acercaba o la intentaba tocar le daban náuseas.

Y, recuperando con una leve sacudida de hombros su verdadero yo, se giró con prontitud al vástago y le adjudicó en la rodilla un manotón y:

-¡Que te estés quieto de una vez!

-Y ella ahora se ha puesto de pie para ir a quitar del picú el disco que lleva ya un buen rato parado y el brazo sigue en vilo y "la vida es un tango" - dice, y -: pero que, volviendo a lo que te decía...

Y según habla hace sin mirar el además de agarrar el tirador de la puerta del armario

-pero sus dedos agarran sólo aire porque ese tirador falta hace muchos años..."nunca me acuerdo"

-dice. Y utilizando el de la izquierda abre la doble hoja, de espejo, y coloca su costurero dentro y me dice:

-...conocerse, así, cara a cara, no pudieron conocerse nunca - y aprovechando que una de las lunas me ha quedado por un instante enfrente no reprimo el impulso de colocarme un bucle, que las mujeres lo hacemos siempre.

Y "¡lo sabré yo!" y cerró. Pero la puerta no encajó y, despacito y sin ruido, se abrió como tres dedos.

Y:

-¿Y eso puede ser?

Y que por qué no.

-Que siguiendo el mismo criterio que por qué no. Eh.

-Tomar de referencia el mismo criterio; ella tiene exac

tamente el mismo derecho intrínseco a

-o paralelo

-¡oh, desde luego, desde luego! nunca puede ser igual
dónde va a parar; eso ya lo sabemos pero aun así

"hazme caso, si hicieras caso a mamá. No le haga caso,
tiene días si viera como se reía ayer. ¿Sí?"

-¡Seguro!, sí sí hija mía ya ves lo que son las cosas
quién lo iba a decir. Mirando con un punto de cabreo...

-¡Enojo, enojo. Coña! - siempre tan cuidadosa de la pa
labra cabal hasta donde llegaban al menos sus alcances, claro -,
que cuántas veces te los tendré que decir.

-Que por qué todo tan contradictorio en cierto modo
tan complemen contrariedad demonios imprevisión ¿qué dirán? de
verdá que qué asco tario. Mierda.

-...el bajo descosido de su falda de vuelo y hasta con
un desgarró - mira, dice -, que en algún momento ella misma se
lo pisó pero cuándo.

-No sabe, y que bueno es igual no importa. Bobadas. No
importa, no importa, de verdad y que ella un no sé que repunte
de cierto resquemor de celos que lo tuvo siempre iverlos tanto
cuchichear y risitas! y ella tan ignorada. Eso sí, que de sus ac
trices preferidas se lo sabía pero que todo todo...

-Cómo, ¿pero ella?

-Que no hija que no.

-¡la ooootra!

-Que hay que ver que no te enteras.

-La entusiasmaba. Le seducía todo lo alejado de la rea
lidad y detestaba lo cotidiano.

-Todo: qué director, el oponente, en qué año recibieron
el oscar.

-Lo corriente, todo lo que la obligase a renunciars y
trivialidades que la hacían sentirse un poco desgraciada y los
platos sin fregar y que no lo volvería a hacer pero. Y ya ves no

se le conoció ningún otro defecto, nada que poderle recriminar.

"No la conocí personalmente - que había dicho, mirando con cierto embeleso a una señora bastante bonita y un tanto - pero desgraciada efigie desvaida; pobrecita".

-Tan ignorada en aquel mundo dorado y que nadie le preguntó ¿quieres venir? pero qué sabrían ellos.

Y que por eso la tomó de su mano, basándose en no sé que imposible similitud que encima ella además de momento ni idea que de dónde la iba a sacar si nadie le dijo. ¿Eh?.

-Tú sales.

-Ah, pues mira ya caigo - porque se satura de esa banda de loros y ocasionalmente echa un achaque y no acude -, oye, es cuando tuve que salir corriendo detrás de, tan traviesa ¡chiquitina mía ella caprichito de mamá! - besos muy sonoros y diminutos gruñidos esquivos - aunque al final se volvió todo tan intrincado que ¿quién llevaba de la mano a quién. Me lo puedes decir? Pero eso sí es una raza muy nerviosa, si he de ser sincera es una raza terriblemente nerviosa no te la recomiendo pero eso sí un encanto sí. ¿O no?. Mira como me mira - y la lengüecita rosada bosteza tediosa y -: se terminó convirtiendo en su sombra.

-¿De...?

-¿Pero cómo quién ha dicho?...De ella mujer de ella.

-Ah...es que.

-Decidió pensar en ella - porque esta tarde ha dicho "oh me encantaría ir contigo" y aunque yo quise protestar "no tengo idea de que se puedan llevar invit..." me atajó suplicante "pero yo, tu mejor amiga, ¡oh!, necesito de vez en cuando un cambio, un respiro, un poquito de oxígeno, puedes decirles que" y aún osó prometer ¡qué poquito nos conocemos a nosotros mismos! que estaría callada "lo prometo - dijo -. Y ella no va a ladrar, ¿verdad?"...y como siempre se sale con la suya -, una especie de adopción aun no sabiendo de la misa la media porque que Leandro en ningún momento pronunció o al menos no hasta muchísimo des

pués...Porque tú no estarás llevando contigo una aguja y una he
bra de hilo así como que entre un beige y rosa palo ¿verdad? no
si me lo temía yo ya quién iba a pensar; detesto no presentarme
del todo perfecta, en fin algo habrá y algo de una herencia o
sustanciosas pérdidas que a alguna de las dos le importaron un
verdadero pito aunque eso sí peleando con uñas y dientes por lo
que en verdad no interesaba a ninguno de los demás, que, como al
parecer ella dijo, allí estaban todos aunque pudiera parecer in
creible y, allí, mirando con un desencanto terrible porque se
había figurado que. Te digo de verdad que la ignorancia siempre
es atrevida y nada más los necios se atreven a, los prudentes y
con sentido común nunca se dejan llevar así, tan lindamente y
sin pararse a reflexionar y luego un mar de dudas, de zozobras
y de angustias y sin saber para dónde tirar.

-¡Incomprensible!

-¿Verdad que sí?

Que incomprensible, dijo. Era desordenada...y ah, pero
un dedal sí que tengo aunque para qué y yo también miraba - con
el mismo desencanto que brillara en los ojos de, especifica por
que siempre la obsesionó que las cosas quedaran bien claras, aun
que cualquiera preguntaba ¿te imaginas? yo desde luego no, admi
te sin ni un rubor ante su propia cobardía - un juego de cama a
medio bordar porque el rumor corrió de que de buenas a primeras
dijo fíjate y ya contodo preparado y listo que no se casaba nadie
supo el porqué o tal vez fue una historia turbia de no se sabía
que infidelidad o lo mismo no fue para tanto y sólo un escarceo
pero hay quienes son muy estrechas y no toleran que. Que con una
señora de bastante más edad pero si alguien cometía la indiscre
ción se reía como una loca echando la cabeza hacia atrás y no
replicaba otra cosa que "¿qué sabrás tú?" y no hubo forma ni ma
nera ni modo de que soltase prenda porque que de la noche a la
mañana que cambió como de la noche al día y todo lo abierta y
desparpajosa - expresión suya - que se volvió se le marchó tam

bién la debilidad por contar sus propias cuitas y, sí, rajar y hablar y decir y largar - dice - todo lo que quisieras pero personal o relativo a los propios sentimientos tan mediatizados siempre, decía, por los ires y venires de los estados de ánimo tan caprichosos y tan mal criados que nada de nada; aunque no te vayas a pensar: que como anduvieras a la caza de no importa qué critiqueo con ella no podías contar porque como una tumba. Oye.

-Y que frunció el entrecejo recordando carencias, caprichos que no tuvo, pequeñas renunciás, frustraciones a las que quizá dijo en su día no importa, nostalgias de sueños de quién sabe si un día...

-Ahora, al volver, pasamos por esa tiendecita pequeña entre el zapatero y la carbonería

-todavía está

-no, mamá, llaves en el acto - tratando inmediatamente de rectificar deprisa porque para qué arrastrarla hacia - pero no te creas tampoco que hace tanto

-claro que no si el otro día

y que comprarían patatas; una peseta y un cartucho así de grande

-...y el día nunca llegaba. Y pasaba sin embargo el tiempo, allí.

-Dos metros pasaron sin admitir viajeros.

-Ya decía yo - decía ella.

Que decía.

-Y ahora el chico ahí con tan poquito aspecto de criatura feliz cuando qué culpa tiene él ¿eh? y perdona cariño soy tan temperamental...

-Que cómo un ser no maduro...y tú, ¿dónde estuviste ayer?, te marcharías con la amiga esa tuya que se junta con gente tan extraña...ah, hoy tiene la señora la vena misteriosa y no contesta y, mira, esa se te ha resfriado, si es que los chuchos estos con tanto pedigri...anda, corta que hagas algo...no sé

yo...puede comprender temperamental que es demasiado por muy buen estudiante que se sea, ¿verdad?, y "tienes tan poquitos amigos, hijo, tal vez en el instituto hubiera sido, pero hay que reconocer que el ambiente nunca podrá ser igual".

Repartiendo con destreza prodigiosa. Porque ya no es novata. Que algunas tardes hasta gana.

-¿Verdad que no, mi cielo? - sujetando con sus dedos largos la cara del chiquillo que se quiere zafar -; ¿verdad que tú reconoces conmigo que el ambiente nunca podría estar siendo igual? - mirándolo con ansia con sus grandes ojos, tan vivos, y tan negros. Mas como se empecina él en su silencio frunce el ceño y retira de la cara sus manos tan cuidadas y -: ¡terco que eres, caray; asco de niño destrozándome los nervios que me vas a matar!

No sabe si está de acuerdo del todo, que la señora no tiene ninguna vena misteriosa - piensa, en la medida en la que cada cual a sí mismo se conoce -, pero por qué aprestarse a, vehemente, disentir. Nadie escarmienta en cabeza ajena y ellas, todas ellas, ninguna entendería y que lo que es la vida y qué te parece a tí aunque a hacer afirmaciones categóricas un poco remisa sí que parece porque que quién puede saber cuál es la propia y cuál es la ajena y "pues la tuya la que te duele a tí, ¡vaya simpleza!". Pero no es tan así - y que no quiere decirlo por no enredar más la madeja - cuando tantas cosas se cuecen en ésta y en aquella y en la de más allá que en todo se refleja, se queda impresso aunque no lo quieras traslucir y quien más quien menos con algo se queda, y que sólo de refilón a veces pero mira ahí está, y luego cuando menos te lo esperas un olor inconcreto que se interfiere con aquel otro aroma delicioso de y ala, que ahí que lo tienes sin saber ni cómo ni por qué y los ojos de aquel o aquella que ya nunca jamás en la vida volverías a ver o el agitar de unos dedos o un mechón pero si bueno bueno bueno igualito que y aunque no te lo creas ayer mismo pensé en tí ¿de veras? quién lo iba a decir después de tantos años parece mentira por tí no

pasa el tiempo estás igual igual.

-Hay que ver.

-Y todo sin saber...¿está cómoda?, ¿quiere una revista, un café?...el porqué.

-No gracias - la clienta, con la cabeza llena de bigu dís -; pero un cenicero sí.

-Pero que no se estaba refiriendo a datos - veinte minutos y neutralizamos, porque dijo que no lo quería muy rizado, ¿verdad? - y hechos que se pudieran consignar; que tenía más que ver con inquietudes que no era capaz de saber decir en qué consistían pero intuía "chati, deja de hablar con el novio, tienes tres cabezas por lavar" de alguna manera y vaya una aclaración, para eso no te habrás devanado los sesos (supone) que a quién no se le ha cruzado por las mientes alguna vez...no, no, el tinte platino es para la señora de Rocablanca y Montemayor, no sé en qué estás pensando hoy...pero se interrumpe en seco frente a un escaparate iluminado y señala diciendo mira igualito que la de.

Que alguien le diga por favor que se calle, que cierre su sensual boquita pintada de rojo porque no voy a poderme contener y buena gana de acabarle soltando un soplamocos y que luego digan que es que hay que ver cómo eres y que es que hay que ver.

"Pero es que ¡hay que ver lo que hay que ver!" como decía muy cargada de razón y con la boca llena de alfileres que a ver si te los vas a tragar ten cuidado y:

-Yo lo que necesito, lo que me hace falta de verdá es sentarme un poquito y organizarme (dice) ¿o lo coloco todo y ya me daré yo luego un respiro, mira qué manos, y qué pelos, en cuanto tenga un momentito? - pero que nunca había ella, contaba, con seguido verla con una permanente de esas que pudiera decirse oye pues mira sí ésta te ha quedado muy bien - y vaya por Dios, si es lo que te estoy diciendo, está empezando a chispear y la ropa sin recoger pues ahora mismo voy.

Pero nunca lo tenía, o no sabía encontrarlo, echando

siempre el bofe y tanto que hacer.

Y ahora ya sí pero ya no lo sabe (yo no voy a tener tiempo - dice -, échales cualquier achaque, lo que sea - y con su mano izquierda que siempre manejó mejor siempre sí antes incluso de cuidado su lado derecho no...siempre me tiene un poco en vilo con eso...dibuja un gesto evasivo en el aire así como de "oye, cuantas menos explicaciones mejor" - y me quedo aquí con mi madrina y mi madre, mira, que han venido a verme y les hace mucha ilusión) e ignora que dispone de todo el resto de su vida para ser sólo ella, ella nada más y dedicarse en exclusiva y por completo a vivir nada más entregada nada menos que a ser el eslabón insustituible y único de su propia existencia de la que por tantos años se excluyó.

-Y que lo del criterio se le ocurrió más tarde - ha soltado de entre sus dedos el tejido liviano y con la misma mano se retira un mechón de su cabello cobrizo de la frente al tiempo que suspira como diciendo qué más da no puede una pasarse la vida pendiente del detallito díscolo al que todo lo más otros dedicarán un ínfimo retazo de atención y eso si acaso y habla ahora en otro tono, a otro ritmo y con otra cadencia sosegada y calma -, cuando ya no lo podía evitar, cuando Lola se le había hecho sin sentir ni saber cómo más adulta de lo que ella era capaz de saber gobernar y, si bien...porque eso era ineludible (que lo reconocía, ¿cómo no?, intentaba ser objetiva con su propia realidad) había facetas de la personalidad o del carácter que forzosamente habían de ser comunes...en muchos aspectos era para ella tan transparente como una gota de agua limpia, en otras innumerables ocasiones se le escapaba de las manos y no hallaba ya modo de volverla a retomar, no retomar al menos con la misma entidad que instantes antes estuviera aprehendiendo y yo asentí y dije un "claro" que yo misma reconocí desapasionado y lejano y en absoluto convincente y no podría decir siendo sincera si noté que ella lo percibió porque lo cierto es que lo recibió sin pestañear no

albergando quizá, casi seguro, la sospecha de que a mí me seducía mucho más la otra forma, su natural manera informe de imprimir simultaneidad a cuádos y dónde que, sin su mediación, hubiesen permanecido condenados a por nunca jamás ir a encontrarse.

Ah. Y que con este nuevo sistema - ¿sabes?, me dice, como si supiera una por dónde va la hebra - se le volvía a ella un ser ajeno y extraño y sin color y que si yo entendía "lo que te quiero decir" - dice, mirándome como de la manera más natural del mundo y yo pienso te está sobrando rímmel - y le dije que sí aunque omitiendo "y tú a mí también".

Bueno, y del rímmel tampoco dije nada.

-¡Pero en realidad eso duraba apenas un instante! - de repente y sin hacer ni caso de que la caniche...que ella no quiere que la llame caniche y me reprocha siempre "no sé cómo tendré que decirte que Yorkshire", que es muy suya...se le ha vuelto a escapar aunque verla la ha visto -. Porque que le entraba entonces una especie de curiosidad, de expectación como de decir ahora me va a desvelar algún misterio o, en el peor de los casos y aun ya sabiendo ella que registrar como conocimiento de quien se nos sincera lo que nos está confiando en un arrebató de confidencialidad es deshonesto, en algún imprevisto la sorprenderé.

Y que entonces se sentía muy despreciable y muy rastrera y muy mezquina y que se ponía colorada como un tomate o "por decirlo con sus propias palabras" roja como la grana. Y, yo, digamos que como un pavo pero ni una pizca menos de rastrera y de despreciable y de mezquina.

"Porque que ella que llegó incluso a creerse, aunque abiertamente no lo confesó jamás - y textualmente figuraba en la declaración rubricada -, que era un ser real con venas y huesos y tendones y: mira, un dolorcillo aquí. Pues igual.

"Que se le ocurrió después o incluso no y fue premeditado en algún rincón de su inconsciente para justificarse por haber se tomado tan imperdonable libertad".

-Porque cuando las cosas iban bien pues, sí, que muy bien, como cuando los hijos gozan de buena salud y tienen amigos y sacan buenas notas y son guapos que qué gloria bendición de Dios, pero ¿y cuando iban mal entonces qué, eh?. Porque que la vida no es siempre un camino de rosas - y no sé ahora si se está ciñendo a la declaración timbrada y con sus sellos o habla por sí misma y valiéndose de algún sobrino para que le desempeñe el papel de hijo -, que eso hay que tenerlo presente, y cuando empezaban a aparecer espinas, cardos borriqueros y esas cosas, le entraban todo tipo de incertidumbres sin saber si tenía que dejar que se pinchara, por adquirir experiencia, o apartarla de allí, porque no se lastimara - que por las buenas si es que se podía, claro, y que si no pues tendría que ser por las malas y que ella para eso no tenía valor, que le faltaba caracter, lo reconocía - o, en último término y por eludir el problema, arrancárselas ella misma y con sus propias manos y decirse si te duele te aguantas que después de todo las plantaste tú.

-Porque de alguna manera y aun sabiendo que no debería estar teniéndola la esperanza tenía de que en cualquier instante pudiera manifestársele emanando una esencia propia, un alma genuina y no mediatizada por su ego; un alguien que por encima y a pesar de ella misma dijera ante esto o ante aquello mi opinión es ésta o lo que yo quiero es. ¿Entiendes?

Que si entendía. Y yo las más de las veces le decía que sí.

Y que porque, y que si a ver si no es verdad, que un alguien sin un pasado propio y nada que purgar ni cuenta ninguna que saldar (un ser perfecto - pensé yo -, en el momento que no tienes pasado no te asaltan ya los malos recuerdos ni los rencores, nada en definitiva de lo que te puede empujar a ser cruel) no tiene por qué asumir tipo alguno de riesgo ni de daño o no al menos cuando no estuviera siendo por (y nada más en este caso y como única e imperativa salvedad, que concedía) por algún ines

crutable designio de la Providencia que, ahí, como los motivos de Dios son insondables ella ya se daba un punto en la boca y sí Señor hágase tu voluntad.

-Pero la de Dios y no cualquier otra, que no sé si es tás captando el matiz - ella, tan por completo incapacitada para asir la esencia de las cosas, ni lo importante, ella con la que no había forma de regresar jamás a un origen aunque hubiese podido parecer y lo parecía a veces que algún motivo habría estado habiendo para haber partido de él, ella se permitía la curiosa licencia de albergar dudas en cuanto a la capacidad de los demás y yo me estaba sintiendo un poco ruin de no defenderla, de no es tar dando la cara aunque no la conociera ni la hubiese visto nun ca por ella y decir "¿y tu inteligencia es tan preclara como para saber que supiste llegar al fondo de su ser?" -; la de Dios y no la de cualquier imbécil que se piensa que lo justo es casualmente lo que mejor se ajusta a sus particulares intereses y que el que no le va a la mano es que es un egoista despreciable y mezquino. No. Que de esos no y que lo que es por ella ya les podían ir dan do dos duros porque que hasta ahí podíamos llegar "anda ya y que los zurzan".

Y me sentí un poco menos mal de no haberla defendido porque en la voz, y en el tono, y en el brillo de los ojos se notaba de alguna manera admiración, cariño y "mira - me dije - dirá lo que diga pero la quiere".

-Y que cuando la otra oía esas cosas, ahora, retirando la cafetera del fuego que "sí, se le partió el asa, cualquier día compro otra" y habían pasado años (que ¿quién se las diría?) se quedaba un rato largo mirándose las manos, bueno, que las uñas, que tenía mucha costumbre cuando se sumía en sus pensamien tos de mirarse las uñas, muy fija, concentrada, como si estuviera considerando y fuese una decisión vital si debía cortárselas o no cuando todos los que la conocíamos sabíamos que ya más al rape no se podían llevar, que hacía ya muchos años que había di .

cho (y hasta entonces las uñas largas habían sido en su persona casi una señal de identidad) que cuando las manos dejan de ser jóvenes esas uñas confieren un aspecto de ave de rapiña que le da repelús aunque sí conservó durante un tiempo el hábito de llevarlas pintadas, eso sí; y que tras un silencio durante el que se le dibujaba en los labios una media sonrisa arrancaba a hablar, bajito, como para sí misma y preguntaba ¿de verdad?, ¿de veras que ella me creía un ser perfecto?...

Y que cuando se le trataba de replicar que, bueno - y verás que las tazas tampoco son juego, y esta salsera es el azucarero, no se lo digas a nadie -, que perfecto lo que se dice perfecto perfecto que tampoco

-que tampoco había que pasarse y exagerar - remedaba - ni ir corriendo a buscar la escalera para encaramarse en el pedestal; ella respondía que vaya una cosa, que eso ya lo sabía y "y ni en realidad te lo pregunto ni lo digo por mí".

Y se subía a una escalerita de mano, pequeña, plegable, y se estiraba hasta el altillo del aparador que era donde se colocaba la caja de pastas fuera de su alcance:

-Porque si me las dejo ahí, al alcance de la mano, me las liquido en un periquete, ¿sabes? - y cuando ya pone de nuevo el pie en tierra dice -: mira cómo crujo.

Y yo me quedo un poco con la boca abierta, mirándola, ahí. Y la caja de lata de color azul en la que se puede ver una señorita rubia que ríe enseñando muchos dientes y en un lateral pone phoscao peso neto aprox 1 kg 65 pts impuesto a metálico ha sonado sobre el mármol color sepia que tiene una raja o tal vez es una veta y me digo que es verdad, verdad y real como la vida misma y, como el crujir sí que lo he oído y con una nitidez absoluta, aprovecho para decir:

-Sí, suenas una barbaridad; mándate revisar las articulaciones, aunque sea. Y de las figuraciones no digo ni pío y que dos terrones y que muchas gracias. "No, no, sin limón".

Y dice que le dijo que le había dicho que de las figu raciones nada porque que para qué iba a darme un susto y yo tuve, no lo voy a negar, la mala idea de preguntarle ¿qué figu raciones podría tener ella que me pudiesen asustar? pero fue nada más eso, la idea mala en el pensamiento y la pregunta no lo llegué a formular porque para qué inquietarla, me dije.

¿O no es verdad?, dime, ¿tengo o no tengo razón?

Y para dar más realismo tomé del azucarero un terrón blanco, cuadradito, y luego otro e inmediatamente la cucharilla tintineó.

¿Tengo o no tengo razón?

"Ah...oye y, esto...que se me olvidaba y que vamos a ver si te lo sé explicar...Que cuando dijo de sí misma ser ser perfecto no estaba, por supuesto, queriendo significar que defectos no tuviese, que no, que bien sabía ella que los tenía y mu chos pero que ella la gracia de podérselos borrar no la tenía pero que bastante orgullosa estaba ya de que le hubiera salido tan así, tan no condicionada ni sujeta a pasados ni a sombras de fantasmas y que él, por miedo sin duda puesto que aborrecía que pudiera ella sufrir decepciones, no quiso decirle que, en todo caso, si alguien había salido a alguien tan así o tan asá y tan sin con o tan sin sin no era ésta a la otra sino la otra a ésta".

Y que si estaba claro.

Y que contestó que no.

-Porque poca, poquísima imaginación sí que tenía, oye, pobrecita, que para que nos vamos a engañar menos que un mosquito que, como yo le dije: no sé para qué te metes en ese berenjenal. Pero es que era muy dispuesta, eso sí, pero preferentemente para todo lo que pudiera venirle grande - y mientras habla pulsa a puro voleo el mando del televisor ese tan sofisticado que tiene, demasiados botones para ella pero qué quieres es el que se emperó en traerme (dice ella misma refiriéndose al hijo) y yo

como de discutir no tengo ganas digo que muy bonito y que encantada que al fin y al cabo enredando enredando algo saldrá. Dice. Y un día que al buen tuntún fue a dar en un partido de tenis decidió esto es lo que me gusta a mí. Pero entender no entiende. Ahora es que es el descanso y como los anuncios no le gustan hace zapin y -: que es lo que le pasaba siempre con todo; como con la cocina, por ejemplo ipero para qué te meterás en dibujos con esta cuadrilla de tragaldabas que tienes a tu cargo!...nada más sabían hablar de dinero y de cómo ganarlo siempre de mono y rascándose los sobacos...- y tuerce el gesto no sé si recordando o porque no le gusta el programa por el que acaba de pasar veloz cual gacela - que eran unos hipopótamos y ella emperrada en elaborar delicatessen dignas del más exigente de los gourmets aunque eso sí, decía, a mí me da lo mismo si no lo quieren que se lo coman los gorrones que yo con la creación artística ya estoy realizada. Y pues con esto que te digo, pues lo mismo - sigue apretando el selector de canales y salen unas imágenes de película antigua en blanco y negro y, sin pausa, un programa concurso y a un señor menudito con pinta de contable le ha tocado un viaje al Caribe y dice con cara de resignación y sonrisilla de conejo asustado que irá con su señ pero ella con el botón lo borra del mapa antes de que baje una gorda de entre el público confirmando que ay sí mucha ilusión - y que si a ver si va a perderse el siguiente set pero que qué disgusto que no atendió a cuál era el canal y dime tú a mí ahora, con sesenta y tantos que son...te digo de verdá que estos aparatos tan historiaos son para gente muy moderna...lo mismo, que cómo yo le dije, si no te conoces ni a la vecina qué necesidá estás teniendo de irte a averiguar a no sé que sujeta de la que por ignorar ignoras lo que se dice todo y ya me contarás de dónde echas mano para documentarte un poco, aunque sólo sea un poco.

"Pues se compró unos zapatos planos, de esos de mucho andar que tuvo que ensayar por el pasillo sin saber dar un paso

que ya le dije yo eso no es para tí tan deportivo te vas a desnucar, y dijo que de esas cosas siempre hay pinturas y se dedicó a patear museos y hasta a las iglesias quería ir pero yo le dije por lo que me has contado van a estar en cueros...porque entonces se estilaba mucho - y me mira como diciendo "tú lo sabrás mejor porque tú has estudiao"; pero el caso que le estoy yo haciendo es solamente a medias con mi cabeza llena de tantas cosas y de tanta confusión y de tantas imágenes y de tantas palabras todas forcejeando por hacerse ver y oír y yo como una estúpida dejándome importunar por todas y preguntándome, en silencio, de qué nos está sirviendo este mundo nuestro que nos da de todo a manos llenas cuando luego es tan poco lo que sabemos discernir - y, como quién la sigue la consigue se terminó saliendo con la suya y al final la encontró y me dijo mira aquí está - justo cuando daba con el canal correcto y ahí estaba, yo lo vi, un saque de esquina - y yo la vi que la sacó del bolso...en pequeño, comprenderás, una réplica a escala, que el original es de tamaño natural o casi...ésta, y me la señaló y dijo que la de la izquierda, la del cabello rubio y largo a medio recoger y todo alrededor una diadema de perlas ¿la ves?. Y las otras dos estaban también".

-Pero ésta era la amante del pintor - le dije -, me parece, que la tomó como modelo; no ella un ser real y las otras tampoco.

-Eso ya lo sabía ella, ¡so tonta!, ¿o qué te crees - me dijo - que ella no tenía puestos los pies sobre la tierra?

-Pues...

-Yo, ahí, estoy con la señora - el que ahora hablaba era un señor de talante pesimista que, un poco alejado del grupo, no había hecho otra cosa que dar paseos a lo largo de la orilla con flecos de la alfombra y, ahora, parándose muy erguido y enganchando los pulgares de las trabillas del pantalón, se encabraba serio con el que (ahora había logrado acordarme, el joven

inclinándose sobre la señora, al hablarle, había compuesto por una fracción de segundo la misma figura que...¿no es verdad?...y se desencadena violenta discusión aquel era más rubio, la señora más pálida, ¿qué importará eso?...no sé, cuarenta en bastos... ¿cuarenta?...¡por lo menos!...¡qué inmoralidad!...¡ya no hay principios!...Id terminando, hoy la chica libra y mi prole tiene que cenar) tantísimo se parecía al de la tarde del café -; la señora no parece estar del todo convencida y, un servidor...

-¿También alberga dudas? - en tonillo incisivo, la del punto de media.

-Pues, alguna, ¿qué quiere que le diga?; me reservo al menos un punto de reserva...duda, quizá mejor...habida cuenta de que un algo de...

-¡Y que es muy razonable! - la misma, con su hebra -. En una historia de esa índole a usted iría a corresponder siempre el papel de agraviado.

-...algo de desalmado hay que tener para disparar sobre algo vivo - el de los pulgares.

-¿Un venado? - mordaz.

-Podría ser un venado - él.

-Oh, bueno. Por un instante pensé que no estábamos hablando de lo mismo.

-¿Y?

-Déjelo - y cuenta los puntos como si al cabo de tantísimas vueltas no supiera cuántos lleva -. El interesado es siempre el último en saberlo y a mí no me gusta malmeter.

-¡Un venado!; no tienen ni idea - el joven -. El abuelo, y lo conocí bien, ni sobre una liebre. El abuelo no disparó jamás.

-Ah, sí, ¡jamás! - esta señora hace a todos los palos, sin cortarse - ¿Qué pruebas tiene usted?, ande y muestrenoslas.

Y se cambió de mano las agujas para iniciar la vuelta siguiente de una prenda imposible porque si bien a simple vista

podía parecer una bufanda en la práctica no iba a servir para nada porque, así, a ojo, calculé que medía ya unos diez o doce metros.

-¡Vaya planteamiento chocante por no decir abiertamente ridículo! - este era el juez que, desprovisto de su peluca de tirabuzones empolvados que ahora adornaba la cabeza del adolescente regordete, se entretenía en con su martillito de restaurar el orden partir nueces que iba depositando en un platito y hacía luego una ronda ofreciendo y que todos cogiésemos.

"En el momento justo en que terminaba su frase - se había puesto el segundo pendiente y ahora repasaba mentalmente nueve recorriendo con su índice reloj, pulsera, collar, cuatro sortijas y los pendientes no olvido nada; que lo hacía siempre - se había parado justo delante de mí - dice, y se anuda el pañuelo - y, al ver que yo titubeaba no sabiendo si me estaría viendo o no, me sonrió y dijo no sea tímida; mire ese trozo qué enterito ha salido y me lo eché a la boca igualito que si estuviera estando allí, ¿hice bien?".

Pero, como hace siempre, hacía...quiero decir, que eso lo hacía también, como contar...agarró el bolso, y se dio media vuelta, y salió andando y dijo "vámonos" y apenas acerté a oír, ya desde lejos, cómo el juez no poco perplejo preguntaba:

-¿Qué pruebas podrían darse de unos hechos que no tuvieron lugar?

-Eso es cierto - alargando la mano el cómico de las patillas canosas -; que si no hubo disparo no podemos tener la piel del oso que no se abatió.

-¡Ahora es un oso! - la de la bufanda.

Pero el juez lo dejó con la mano en el aire, al cómico, ignorándolo como si no existiera...¡siendo como lo había visto yo tan campechano, tan amable!. Y éste lo miró un poco rencoroso y, que como rehaciéndose, apostilla:

-Aunque vaya a saber, que tampoco vaya usted a pensar

que eso demuestra mucho.

-Sí - la presbite -. La no presencia de un cuerpo del delito no es testimonio inequívoco de nada; que puede haber coar^utadas.

-Sí, claro - este era el sobrino de la señora primera que hablaba tan poco.

Que lo sabe porque ella misma se lo aclaró, dice, bajan^udo ahora las escaleras a paso muy vivo, un poco acelerada "lle^ugaremos tarde" y:

-Cuando al tomar él en sus manos la vasija y protestar "que no, tía, que no soy ningún zarpas" yo lo miré con desaprob^uación y, ella, al darse cuenta, se aproximó a mi oído y dijo "no piense que es ningún pasota; es verdaderamente mi sobrino, hijo de mi difunta hermana..., la menor de todas, pobrecita (y se en^ujugó una lágrima)...él ha sacado sus mismos ojos...Bonitos, ¿ver^udad?".

Y que se ve que lo mira con mucho cariño aunque como las escaleras son de caracol -yo no quiero caerme - no me fijo mucho...aunque verdes no eran, desde luego...y muy grandes tam^upo y ¿y qué pasa con eso? y que pensó que y...chist y...¡Pero! Pero:¡ichist!!

Aunque el chico, no haciendo caso, que decía:

-Sí, se pega un madrugón de la hostia y luego esconde el bicho y dice yo no he sido y se pone a disimular.

Y la tía me dice ahora un poco ruborizada "pero un poco mal hablado sí que es, a veces me pregunto si es que no lo supe educar bien, ¿a usted qué le parece?, aunque a estas alturas ya". Aunque que, y que eso sí "que buenísima persona sí que es" - di^uce - y yo le quiero decir no corras tanto a fin de cuentas nadie nos ha dicho que comparecer sea más acertado que quedarse en el anonimato, pero ya no viene al caso porque hemos llegado a la acera y ha parado un taxi y ya puedo derrumbarme agotada y le contesto, animosa:

-Bah, no se preocupe por los tacos, que en los jóvenes no quedan tan mal como en la gente de nuestra edad.

Y ella me mira compungida, sus cambios de caracter, tan imprevisible y que le dice "no sé si está convencida o lo dice únicamente por quedar bien conmigo", como si me hubiera leído el pensamiento "más acertado quedarse en el anonimato", pero miro hacia fuera, como sin darme cuenta de su repentina preocupación porque en realidad yo no puedo estar segura y ¿quién dispone de conocimientos, de sabiduría para saber qué es lo mejor? y que tu vo la boca abierta, dice, mirando sin embargo con obstinación su pequeño reloj, para decirle:

-Inexistente como soy vaya necesidad ninguna que estaría yo teniendo de tomarme la molestia de mentir para quedar bien con nadie.

Pero que no quiso ser tan sincera..."pero ahora las co sas van a cambiar, ya lo verás", digo; y ella un poco seca: "¿pa ra bien o para mal?"...por si a ella le entraba preocupación por su salud mental..."¡mujer!", porque yo quiero, cueste lo que cues te, ser optimista...o se asustaba y se ponía a gritar y a decir un fantasma un fantasma - y el taxista nos miraba tan perplejo que casi se salta un semáforo y "¡cabrón!", un transeunte y éste, muy chulo: hay que mirar, y nos mira en pos de nuestro apoyo y ella ni corta ni perezosa ya y le contesta y, el hombre, tan con tento ¿son ustedes hermanas? como con tan poquito pegan la hebra - y todos se volvían hacia ella como un fenómeno insólito y enton ces se hubiera muerto ella de la vergüenza - dice, con un gesto leve de la cabeza como diciendo ¡entrometido! y yo pero mujer que te va a ver por el retrovisor, qué apuro - allí el centro de atrac ción cuando "a mí me gusta ser tratada ni más ni menos que como un ser humano normal". Y:

-Igual que cuando el otro día, en unas apreturas de re bajas, me robaron la billetera con DNI y todo y, pues claro, me lo fui a renovar con la foto y todo y hasta puse la huella...mira,

de este dedo...

Y que luego todo el día con la uña negra y oliendo a aguarrás; por eso no dijo nada que fue a fundirse con la voz del chico que en ese momento argumentaba "para qué coño va uno a descerrajar un tiro sobre pieza ninguna si no es para luego far dar".

-¡Oh!. Piensa usted que los actos humanos se realizan nada más por vanidad.

-Los humanos no sé - replica el otro - pero los inhu manos, todos sin excepción.

Y que piensa que eso un poco verdad por lo menos sí que es.

Que no...

¡Que no, que no! - vehemente por poner los puntos so bre las íes - ¡que sí, que sí!

¡Ay, que sí, oye; pero déjame a mí! - trasteando con una cámara de fotos buenísima que como vulgarmente se dice sólo le falta hablar y ella no la entiende - que estoy yo harta de listos...Que mala intención no la había habido, que cómo iba a haberla, que en todo momento se quiso lo mejor para ella...- y alarga la mano con un bufido y que casi ella prefiere que le re galen una buena pastilla de jabón de tocador y no ese tipo de chismes tan complicados, y que mira a ver tú (que dice), que ella no tiene cabeza para - y que claro que ellos deseaban que fuese feliz...- y miraba la cámara con cara de tener unas ganas espantosas de estamparla - aunque fue su vanidad, precisamente la vanidad lo que se lo impidió; sólo porque ellos no supieron evadirse a su propia vanidad ella, ya te dije, fue una niña in feliz...¿te aclaras o no?...no, si te digo que...¿seguro que has revisado la velocidad y la distancia y la intensidad de luz?, pues entonces déjame a mí, aunque sea.

-Y que al echar mano un poco crispada porque ya se ha bía puesto hasta nerviosa es cuando sin querer se disparó. Pero

luego la había tirado en el fondo de un altillo y sólo una bararidad de tiempo después fue cuando alguien le dijo me la podías dejar que voy a hacer un viaje del tal y del cual y pues mira has tenido suerte que lleva un carrete nuevecito que no lo llegué pues que ni a estrenar y cuando lo revelaron allí estaba, con su sombrero y su pipa y hasta un ramito de malvas en el ojal y sin por todo lo demás haber cambiado lo que se dice nada, que quién lo iba a pensar igual igual al cabo de tantos años pero que cómo se hubiera ella podido imaginar.

-Y que ya lo más probable era que no volviera a darse nunca una circunstancia no ya igual, que eso impensable, sino que ni siquiera parecida.

Y alarga su mano enguantada y "pare aquí, hemos llegado".

-Tú a mí me lías - protesto.

-Puede quedarse el cambio - mírala, igual que en la pantalla. En la vida real nadie lo hace.

-¿Yo?

Que la vanidad había sido el único componente de su infelicidad y sale presurosa dándome casi con la puerta en las narices:

-¡Que estoy aquí! - le digo.

-Pero no estábamos ahí - desconfiada, reticente, ya hace un rato me miró entornando los ojos y que hacia dónde estaba pretendiendo llevarla.

-¿Yo?

Y que a ninguna parte, que ahí estaban las dos tan tranquilamente sentadas. Que si no lo veía.

-Pero no estábamos ahí.

-¿Dónde?

-Esto es desesperante. Te lo digo de verdad - y levanta la vista.

Medio abstraída, como si volviera de lejísimos, repa

sando con su dedo índice en la servilleta amarilla de tiempo una media inicial a medio bordar y preguntó:

-¿Cuántos fueron?, entonces.

Y que "huy, muchos, muchísimos".

Porque hasta entonces nunca antes se había estilado renunciar, ella había sido la primera, la primera al menos de quien se tuviera noticia que hasta vino en los pepeles y que había sido un verdadero escándalo.

-¡Qué atrevimiento!, ¿quién es ella?

-No se pudo saber, ese es el tema.

-Pero sentó un precedente que ya veremos si no hay que terminar por lamentarlo.

-¡Tiempo al tiempo!

-Huy, muchos, muchísimos - porque ella todavía no sabe y si quiere dar una respuesta y que no parezca que no vive en su mundo hay que tener salida para todo -. Cuando ella tiró la toalla - y está diciendo la verdad, la verdad que se sabe aunque no cuadra - ya eran un grupo enorme todos sentados en círculo y contándose traumas y quitando y poniendo y opinando. Me dijo que se llamaba psicodrama y que si algún día, por casualidad, uno, el que fuera, estaba así como que sin mal rollo o con buen ánimo podría parecer o una ostentación o un muermo sin nada de marcha y del todo out y por no pasar un apuro y un sofoco y una afrenta pues, oye, te pones a ñetear en el pasado y algún estropicio sacarás, que con un mínimo de imaginación y de buena voluntad y unos retoquitos aquí y allá puede dar tanto juego como una experiencia mala de verdad.

-Y que a sufrir tan contentos. Porque lo que es innegable es que hay que saber estar.

-No, si ya, si sí...

-Condescendiente. Pero que y qué pasaba con el ser.

-¿Ser?, ¿ser qué?

-Ser, ser, ser... ¡caramba!. Toma, baraja.

-¡Ah!

-Pero claro, ¡tontina!, siempre se es algo.

-Es que ésta a mí me lía.

Algo muy parecido a lo que en su momento dijo él, que contaba, mucho tiempo después y con todas las salvedades pertinentes porque tras pasar y pasar por tantas bocas y, lo que es peor ...o mejor, vete a saber...por tantas mentes qué en realidad se dijo, qué pasó, estaría ya doscientas mil veces diluido y vagando por el éter.

-¿Dijo que lo liaba?

-Dijo "usted sí que se está quedando conmigo" y que a ver si se iba a caer. Que le diera la mano.

-Sí - empieza a repartir con esa seguridad pueril de quienes por haber ganado un par de bazas se creen ya de la timba y, con un toniquete impostado en la voz, entre risas, narra -:

"-¿Yo con usted?, ¡eso sí que tiene gracia!...pero... agárrese bien, hija, esos tacones no son para estos andurriales, a ver si se va a caer...¡Usted sí que se está quedando conmigo! ...Casi va a ser mejor de la mano...mire, así...- y al girarse para quedar frente a ella por ayudarla a bajar un repecho algo abrupto se detiene en el coche, ahí, un poco rebasado el sendero, que han tenido que girar a ciegas apoyado cada cual en el otro para llegar donde están. Y ahora pregunta:

"-¿No debería cerrarlo, tal vez?

"-¿Y cuánta afluencia de turistas calcula usted que puede tener una carretera cortada que no va a ninguna parte?."

Y ella coge de sobre el tapete sus cartas y pone buen cuidado de tomarlas con descuido para que no se le note que es la recién llegada, la advenediza y la ignorante que está a años luz de saber nada de nada y calla, y no dice que en algún momento había alcanzado, con sus propios oídos, el zumbido de dos motores cruzándose en las direcciones contrarias.

-Y que vio cómo él lo había mirado.

-¿Mirado qué?

-Pues, eso: el zumbido de dos instantes que estaban siendo uno para luego alejarse.

-¡Ah!

-Sí - ahora toconeas sobre el andén llevando en su mano aquel bolso de la cremallera que "siempre parece que te estás marchando" a algún largo viaje que ella nunca emprende y "porque les tengo mucha manía a las bolsas de plástico" ha puesto dentro las prendas de invierno que "puede necesitarlas, las del año anterior estarán muy pasadas", aunque: "ella no es friolera", le han dicho. "No. No lo fue nunca" -. Sí. Dice que lo recuerda y que perfectamente.

Perfectamente.

-Yo no.

-¿No lo recuerdas?

-No. Yo sí soy friolera.

Pero sí lo recuerda.

-Pues esa tarde.

-¡Pero si era por la mañana. "La mañana avanzando ya tiraba a tórrida"...además, lo vi en el reloj de cuco de la habitación pequeña. Abanicándome por cierto.

-Por la mañana, sí, pero de un día sumamente frío de a primeros de noviembre, yo sí que lo sé bien, arrebuja en la gabardina forrada de conejo que Merche dijo qué gabardina tan bonita unas dos o tres semanas después. La oirías. Me había perdido porque era la primera vez que iba y tuve que preguntar y ya me quedé para siempre con aquella puerta como punto de referencia, aquella que tú también dijiste que te recordaba aquello de anoche soñé que volvía a...

-Ah, sí, recuerdo ese sueño, lo vi de niña en...

...en el Museo del Prado, hacía muchos años y cuchicheándose al oído mira, Marcela de Ulloa, tenía el don de la ubicuidad...ah...y eso qué es...y la profesora chis...y con voz

queda, en ese medio tono en sordina más audible si cabe que una alta voz abierta "otro día te lo cuento" y "vale" y "chis"...

-Pero lo cierto es que no llegó a contármelo nunca - que dijo - porque ella siempre tuvo la sensación de que yo en esas cosas no creía.

-Sí. No; jamás pensó que ella...que Egle...pudiera ser un ser real y tangible de carne y hueso. Como yo. Como Lola.

Y, yo, para decir la verdad, al menos esa media verdad que al parecer y para según quiénes es bastante para colegir (¡colegir! Bueno...oye, yo...cada cual; si tanto hay que medir las palabras nunca se diría nada...No, si yo...¡Pues déjame a mí yo a mi manera!) la otra media, diré que no lo pensaba tampoco y que no me planteé el pensarlo hasta que, aquella tarde ella se sinceró conmigo, lo sacó de una caja que abrió con una llavecita y me dijo "mira" y entonces, aunque podía no estar demostrando nada...podía ser de cualquier otra cosa, todo el mundo los guarda parecidos, por los cajones, en el bote vacío del café molido, en una cajita de lata con botones y hasta en el cajón de las cucharas: que no se me pierda, con mucho esmero; y, al cabo de una eternidad: ¿de qué sería? y preguntas a todos los de la casa y nadie sabe y "¿pero es que vosotros no teníais?". Y tan tranquilos que no, y lo mismo hasta son ya viejísimos y les han pasado infinidad de cosas y pero que nunca lo han tenido...trando nada yo la creí...O tal vez no la creí, así, tan de buenas a primeras y en el primer momento pero sí cuando se le escapó sin querer lo de que muy nerviosa, su día, el traje y el periódico y no, no...que todo se le hacía poco para aquel evento tan... que hasta la vecina con los rulos puestos le tuvo que decir cál mese y como viera que yo la miraba con incredulidad dijo:

-No voy a culparte. A mí me había pasado exactamente lo mismo hasta que aquella tarde...

Pero yo le dije "ah, no, no, no, no te atrevas a con tarme una tarde entera que eso es interminable" y que fuera directa

tamente al grano y dijo que bueno, que se saltaría todo lo que la había llevado allí - que tampoco podía ser nada demasiado insólito porque eran uña y carne - y todos esos tiempos muertos que "se dan en todas las conversaciones distendidas con las amigas de toda la vida que como hasta el pensamiento ya te lees se hace todo silencios - dice -, si te pones a espurgar" hasta que ella termino saltando por fin:

-Porque al remate yo salté, te podrás figurar.

Y como me parecía poco coherente, o nada en realidad, decir "no puedo porque te has saltado el qué, con tanto abreviar" puse cara de estarme figurando y siguió:

-Y le dije: no, no.

"Le dije mientras no sepas dar explicación a todo eso no quiero que sigas adelante; no voy a escucharte y me puse de pie, con dificultad que estoy un poco metidita en carnes - dice, como si me estuviera hablando por ejemplo por teléfono y yo no la conociera y no estuviera viendo, enfrente mismo de mí misma, que sí, que metidísima; y se prodiga, encima, en pormenorizar que un insolente la llamó foca el otro día porque aparcó en un paso de cebrá, "no me lo tomé a mal porque me hubiera dicho lo mismo aunque hubiera estado hecha un escuerzo", y que los misóginos son así, dice - y me puse el abrigo y los guantes, y me colgué el bolso y...pero eso fue después, ahora que caigo...¿o no?...espera, porque ella había dicho, espera, que te cuento... sí...eso fue.

"Eso fue lo que dijo - dice - que me contaba y parecía en verdad dispuesta a seguir hablando y continuar embrollándome - y yo pensé tú a mí también porque se había provisto de dos paquetes de tabaco nuevecitos y había apagado la tele - pero en ese punto yo le dije no...que eso a lo mejor ya te lo había dicho - dice - pero, bueno, es igual; no porque estaba yo ya a punto de perder los estribos y por eso le dije no y le reprendí en tono alto y bien áspero que no se lo consentiría ni un instante más.

"Le vociferé nunca tuviste el defecto odioso de engañar, de inventar, de falsear y ¿qué te está pasando ahora, me lo quieres decir?".

Y que o ella no la conocía de nada o "estás loca de remate", que le gritó. Y "o eres mala", le dijo.

"Le grité eres mala y no quiero escuchar más tramas imposibles; no quiero saber nada nuevo hasta que no me hayas aclarado, y de forma admisible, que pasó con el relato de aquella ella de la que nunca me llegaste a dar el nombre y que era, si no es toy majareta yo ya, quien hablaba hasta que tú, y porque de dio la real gana, le arrebataste la palabra en el momento en que arrancaba, ¿te acuerdas?, le dije; y va y me contesta a mí me la dieron arrebatada ya... ¡que hay que tener desfachatez!... pero le contesté de eso nada que me he fijado yo muy bien, que en algunas cosas soy exigente mire usted y qué le vamos a hacer, que si en muchos particulares puedo pasar por carros y carretas y hacerme la medio tonta en todo cuanto tenga que ver con un mínimo de honestidad pues no, ¡no!, ¿looyes? - y me miraba exactamente como si me lo estuviera diciendo a mí, con los ojos muy tiesos -, porque lo que estás haciendo tú es desleal y despreciable y mezquino, quitas las palabras de las bocas de sus dueños que fueron quienes las parieron para cedérselas, tú por tu cuenta y sin ningun derecho a no sé que tercera persona que ¿por qué?."

Que por qué. Que le dijo.

Y que que quién era Mónica, y que quién Victoria, y que quién aquella Lola de quien al parecer alguien hablaba.

Y que le dijo no y que mientras no supiera dar explicaciones a todo eso no quería que siguiera adelante, que no iba a escucharla, y entonces es cuando se puso de pie con dificultad porque está pues gorda, las cosas como son, y lo del escuerzo y el bolso y el paso de cebrá aparcando y pegándose tirones de los guantes, ¡misóginos!, porque que se marchaba pero:

-Espera - cuando ya se dirigía hacia la puerta, que le

rogó -; no puedo explicar tantas cosas, que ni yo misma las tengo muy colocadas...aquí (y que se tocó la frente), en mi cabeza, pero sí sé que son de alguna manera ciertas.

-Las cosas no son ciertas de alguna manera. Son sencillamente ciertas o son falsas, lo recuerdo perfectamente de la filosofía de sexto de bachiller: verdad más verdad igual a verdad, mentira más mentira igual a mentira, mentira más verdad igual a mentira. Se llaman silogismos o tal vez sofismas pero me tiene sin cuidado y más posibilidades no quedan.

-Sí que quedan.

-Bueno. Dije bueno - dice - por decir algo, por cortar de algún modo como cuando mis hijos se me ponen difíciles y a mí me faltan argumentos que hay que ver lo recalcitrantes que pueden ser los jóvenes de ahora; pues no estoy yo interesada en conocerlas.

-¿Por qué no?. Tú misma seguro que las has vivido, lo que ocurre es que no te acuerdas. La vorágine de la vida cotidiana impele a obviar el matiz sutil del trasfondo de los aconteceres concatenen...

-¡Que te calles que te voy a estrellar! Me acuerdo de todo porque tengo una memoria asquerosamente buena, puedo revivir en toda su crudeza aquel cólico nefrítico que...aunque, bueno, no quiero ni acordarme así que no vengas echando la culpa a mi memoria que a mí no me ha pasado jamás que en mi realidad se mezclen situaciones inadmisibles como en las estupideces esas que tú me has contado: gentes que están dentro y al mismo tiempo fuera de un mismo asunto; personas de carne y hueso dirimiendo no sé que enigmas mano a mano con personajes inventados.

-No son inventados - que fue la debilísima protesta.

-Ah, ¿no?. La miré furiosa - mirándome, furiosa, a mí allí yo callada -; bastante compleja es de por sí la vida como para que una imbécil venga a complicársela a una un poco más, ¿no te parece? - pero sin aguardar mi parecer -. Empezaste por

las Hespérides, ¿no?.

-Sí - admitió -, las Hespérides, pero esas no las inventé yo - parecía afligida y desconcertada -. Las Hespérides existieron realmente, verdaderas ficciones mitológicas de las que toda la humanidad ha oído e incluso visto retratadas por pintores muy eximios...

-Sí, yo también.

No era verdad, y me lo confesó sin mayor disgusto, pero que son lagunas de su cultura general de las que no tenía ganas de hablar ni le parecía tampoco que esas jovencitas fueran imprescindibles "en el disco duro de dentro de mi cabeza" y que:

-¿Cuántas veces en la vida se tercia el tener que echar el resto y descolgarse con un derroche de lucimiento poniéndose a hablar una de las Hespérides? - y yo guardo silencio pensando que algo de razón está teniendo, que en todos los años que tengo no he hablado de esas señoras con nadie, aunque no sé si sirvo como pista porque siempre he sido de poquitas palabras. Pero a ella no le importa, que se contesta sola -: pues, lo que yo digo, que ninguna o casi y el desconocimiento en cuestión puede pasar del todo inadvertido.

Pero que "pero ¿y qué de todo lo demás?", que le dijo.

"-Pero ¿y qué de todo lo demás?

"-Pues. Ella, Leandro, las hermanas, la abuela Eos, Hera, Atlante...

"-¿Lo estás viendo? - me miró sobresaltada pero no sentí yo nada de piedad de ella; ¡que se hiciera responsable de sus insensateces! ¿o se pensaba que había que tolerarle envejecer, que ya empezaba, sin haber dejado de ser una mocosa jamás - ¿lo ves? - casi le grité (ahora en tono apacible y mirando como se desvanece la columna de humo de su cigarro) y me pasé a un tono burlón por, remedándola, herirla -: las hermanitas, la abuelita, la cestita...

"-Cestita, no.

"-¡Que te calles! (espachurrando muy indignada la colilla en el cenicero y encarándose conmigo, con los ojos en llamas, como si fuera a mí, acoquinada); no tiene hermanas, no tiene abuela. Ella misma es tan menopáusica como tú o como yo misma (y debe de ser que al encenderse se le han subido las bascas porque resopla y está como un pavo y dice mira los calores, ¿a tí no te dan? y le digo yo todavía no noto nada y me asegura que tengo que estar a punto de empezar porque que somos de la misma edad y le digo que es que yo estaré teniendo otros síntimas porque si no haber de qué los arrechuchos de tristeza que me dan y ella dice que de las tristezas se reiría, que lo malo son sus sudores que "mira, empapada" y que así se resfría) como para que la supuesta abuela estuviera ya teniendo ciento cincuenta años. ¡Estúpida!

"-Bueno - parecía muy sumisa y encajaba mi ira con una humildad digna de encomio (sentándose de nuevo, ella, que se había puesto de pie y dado un par de paseitos y, más calmada "mira, ya se me pasa" dice pero tonta de qué tendrás tú que estar triste aunque ya sabe que es por la vida y el Universo y el Cosmos y la existencia que me quedan tan grandes y son mi cantinela y cuenta de antemano con que como lo tengo ya tan repetido tampoco hoy voy a contestarle) -, en algún momento la puedo haber confundido con la propia Hesperetusa; quiero decir - rectificó presurosa (cuenta) y poniéndose la mano delante de la cara, con el brazo estirado y los dedos muy abiertos como queriendo protegerse de algo aun no habiendo de qué; pues si es verdad que tenía unas ganas enormes de abofetearla es también cierto que estaba firmemente resuelta a no hacerlo, que sé dominarme y tú bien lo sabes - con Eglantina, claro...

Y que la otra fue tan sólo una especie de álter ego, álter illa en realidad, un álter Lola quizás y que como ella no quería "quemarse más la sangre" los álteres los dejó pasar, que no puede una andar correteando detrás de todo lo que se le cruza

y por eso nada más dijo en tono categórico:

"-¿Y?

"Estaba yo ya tan negra con tanta mojiganga y tanta tontería - sigue - que me subían a la cara unos calores que, lo sabía aunque no me mirara, me tenían colorada como un pavo; soy de tensión un poco alta - mil veces me lo habrá contado -, el mé dico me lo tiene dicho: las comidas sin sal. Pero ¿qué tendría que hacer entonces, una comida para mis fieras y otra para mí?, ipues justo lo que a mí me faltaba!; cuando no estoy enfadada con ella y nos llevamos bien se lo digo mil veces: hija qué suer te tienes sin tener que aguantar a tanto gamberro. Que, encima, todo chicos. Las niñas son otra cosa, aunque hay ahora también unas elementas que no sé qué te diga.

"Me quité los guantes y el abrigo, y me abaniqué con un suplemento dominical de no sé qué periódico.

"Me miraba".

Que la miraba, y yo estaba ahora también mirándola, que inquieta y con ese natural tan propio de las mujeres hacen dosas va y viene y quita y pone cosas que no estorban y otras que no hacen falta y ahora se ha puesto a distribuir mejor de lo que estaban las flores de un jarrón que se han quedado bastante peor que antes de tocarlas y dice, desde lejos, que le dijo "va mos" y al decirlo ahora..."vamos"...

...porque ella...es decir, la otra...había dicho "pues" y, ella, ésta, no quiso ningún pues ni más largas y dijo vamos y al decirlo le metía prisa con los dedos en el aire, yo lo veía, como cuando de niña no me sabía la lección y doña Pura, muy seño ra, muy sobria y muy altanera y muy con sus puntillas de piqui tos en los escotes a la caja de sus vestidos grises y muy con sus gafas de montura dorada ¿qué sería de ella?, tocaba muy bien el piano y se decía, rumores, que de joven había tenido un amante pero a mí aquello nunca me terminó de cuadrar con su talante tan comedido, tan sereno me decía: vamos, que es para hoy. Pero qué

podía hacer ni decir si lo que estaba haciendo falta era la lec
ción y no me la sabía...luego, ya un poco mayor, y mayores ya
también las primas, una, la más lista, nos contó un día que es
que no es lo mismo amante que querida y que si queríamos ver la
diferencia bien clara no teníamos que hacer más que fijarnos en
la tía Flor, que era la querida del boticario y debía de estar
siendo por eso que nadie de la familia le hablaba y todas las de
más tías se ruborizaban cuando se la nombraba, y en la señorita
Pristila que fue, toda la vida hasta que ella murió, la amante
del primo Orfeo.

Y, sí, las diferencias eran abismales. Incluso aunque
ni te fijases.

-Vamos - repitió, enumerando -: Un Rolls, una anciana
tía difunta, hermanos, sobrinos, traumas y ñoñerías porque aque
lla mema era al parecer muy delicada y se ahogaba en un vaso de
agua - la señorita Pristila, no, mira. La señorita Pristila pare
cía frágil pero debía de ser de pedernal; no perdía su dulzura y
su aplomo la mirasen como la mirasen y que no la miraban por gua
pa, que guapa no lo fue ni aun de joven pero sí que tuvo siempre
mucho encanto y una gracia indecible para caminar, que más que
caminar se deslizaba, cargando sobre sus espaldas todo el fardo
de vituperios e insidias con que los del pueblo, entre dientes y
nunca abiertamente desde luego, que era muy respetada tan lista
y tan culta y de trato tan fino, la agraviaban - y una tal Egle,
¿dijiste Egle?, tumbada descalza y...¿Era tal vez la misma, la
ella que no me quedó clara?. Haberlo dicho...

"-N...no...- me interrumpió aquí con mucha viveza pero
también con timidez, como con miedo (mirando con desaprobación
el ramo porque se da perfecta cuenta de que lo ha fastidiado y
"yo es que para estas monerías no tengo mano"-, no era ella mis
ma - pero me pareció que dudaba y un pequeño arremangar de nariz
como de "pues tampoco están tan mal") -, no al menos que yo sepa,
desde luego, porque nadie me dijo y yo...yo no quise aventurarme

a suponer...

-¡Pues haber querido, coña! - que yo, cuando me sacan de quicio suelto tacos -, haberte aventurado o ¿en qué te crees que se quedaría el mundo sin lo que suponemos de él? - pero no con mi marido ni los chicos, que esos me ponen nada más de mal humor que no es lo mismo -. Que para un cabo que me estaba haciendo la ilusión de que empezaba a atar...- me había sentado pero me volví a poner de pie, que cuando estoy muy altarada no puedo estar quieta -...para una chispita de lógica que empezaba a encontrar vienes tú y me lo...fastidias, por decirlo suave.

-Aunque - quiso por lo visto calmarme - si tú te quedas más contenta decimos que era ella misma y, hala, ya está. Total no va a enterarse nadie.

-¿Pero cómo que nadie?...

"Me giré hacia ella - dice - con las manos abiertas - y yo ahora me giraba hacia ella también pero del todo quieta, nada más un poco torcida la cabeza - y mi nariz se quedó a un palmo de su cara perpleja y todavía no sé por qué no le eché las manos al cuello y no la ahogué - a mí, en cambio, no se me pasó por la cabeza nada semejante, soy bastante más templada y...para que yo pierda los nervios -¡¡¡Yo soy alguien!!!, venga - y dice exigí y que encendió un cigarrillo, dice, y ahora enciende otro, como si estuviera armándome de mucha paciencia porque, como muy bien ella misma dice, esa es otra; cogió el hábito de fumar en una de sus tentativas de dieta porque y que calmaba los nervios. Ahora soy nerviosa y gorda y fumadora".

-Cuéntamelo bien - que le ordenó. Y si he de no mentir confieso aquí, para que conste, que también yo quería enterarme.

Y:

-¿Qué va a ser? - una lejana voz cansada, al otro lado de la puerta de roble, labrada, de doble hoja; y ella, que no atiende a razones, dice "eran tantos los que hablaban".

-La canción del pirata.

-Oh, no, ¡esa no!

"Tantos los que contaban los unos a los otros y de otros que a su vez contaban".

-Pues éste no parece malo - de este lado de la puerta -, que el de ayer...

-Me la ha pisado.

-¡Cállate!

-...el de ayer vociferó con voz de trueno "estoy de la canción del pirata hasta los mismísimos" y que ni una más.

"Tantos los que añadieron comentarios a los que ya añadieran los que con anterioridad ya comentaran".

-Me la ha pisado - la niña, con una diadema en su melena color miel.

-Es que...señor - del otro lado.

-No, no puede ser - la madre -, ya estas oyendo que...

"Tantos los que opinaron acerca de los comentarios y de los añadidos comentados".

-Señor, no he tenido tiempo de preparar otra cosa.

Y aquí el hombre, parece un pobre hombre amedrentado y trémulo manoseando una gorra o quizá los flecos mugrientos de una bufanda, larga una perorata imposible plagada de percances, desventuras, de miserias cotidianas que le han obstaculizado, cuenta, el preparar su intervención como a él le habría gustado y merece decir, mirando en torno con sus ojillos lacrimosos, tan respetabilísimo auditorio.

-Mucho mejor - la voz cansada -, un poco pelota pero mucho mejor.

-Pero, mamá...- la niña.

-Pero, señor...- el hombre.

Pero...(ésta iba a ser yo, pero no me animé y opté por contenerme). Y ella, que la otra:

"Tantos los que hicieron juicios".

-Chist...

verás lo que haces que sin saber ni cómo ni de qué manera le ha llegado a las manos y pasándoselo los unos a los otros como quien endosa una patata caliente al de al lado "y que no se me olvide que tengo - le vino a la cabeza - que tengo que comprar patatas" y todos alrededor de una demandando "y de qué color tengo los ojos, dime, y cómo soy de alto, y revélame cuáles son mis aficiones y mis problemas familiares porque sin problemas familiares le queda a uno la sensación de no estar siendo nadie".

Y que aquí ella se defiende con:

-Algunos sí que los tenían y serios.

-Ha debido de ser su esposa - la de la bufanda interminable -; he oído decir que lo tiene amargado.

-¿Cómo...usted sabe?

-Sabe muchas cosas. Perdió el resguardo y ahora viene cada día, por si queda una vacante.

-¡Problemas! - me mofo, dice, que se mofó -, ya me reiría yo de los peces de colores si todos mis problemas fueran esos que en mi pellejo los querría yo ver...

Y que todos tirándole de la manga y cuenta "cuenta, cuenta, pon en mi conocimiento cuáles son mis auténticas pasiones, y mis negligencias, y mis contradicciones; anda, dímelas, dímelas que tú las sabes y yo no puedo vivir sin ellas" y que una ahí sin saber qué decirles, ni con qué calmarlos, porque:

-Tú me los has endilgado a mí sin nada, que hombre por Dios si me los has dado en los purititos cueros...

Y que no los pudo seguir adornando de carencias y desaprovisionamientos porque llamaron a la puerta y ella dijo:

-¿Quién es?

-Márchese y que comparezca el siguiente - la voz.

-Pero, señor, ¿me sellará la comparecencia?

-Claro, claro.

-Pero, señor - mesándose los cabellos el hombrecillo insignificante -, ¡he mentido!

-¿Y cuánto se cree usted que importa eso?

"Y se ve que yo en mi alteración - que no se entera - había ido subiendo la voz porque, cuando una vocecita nada hostil por cierto respondió que la vecina de al lado, ella había abierto ya la puerta y en el vano se dibujaba, al contraluz del sol ya inclinado de la media tarde, la figura de una joven en mallas negras y sueter muy ceñido y collar de abalorios de colores que rogaba que, por favor, que hablásemos más bajo que tenía el niño dormido y no vea usted lo mal que me duermo dijo, mirándola a ella porque la conocería posiblemente de vista de haberse cruzado alguna vez en el portal o haber subido juntas en el ascensor o abierto el buzón al mismo tiempo en tanto se notaba que yo allí con el abrigo y el bolso en el asiento de al lado estaba nada más de visita y la guerra que me da".

Que ahora que parecía que se había quedado un poquito traspuesto - "¿sabe?", que explicó - estaba aprovechando para dedicar un ratito a su tesis que "he estudiado psiquiatría y bueno - parecía habladora aunque eso sí hablaba bajito y no como las vecinas mías, que de ventana a ventana por el patio se intercambian las vidas - ya estoy haciendo prácticas y todo, los martes y los viernes de ocho a nueve viene el padre a quedarse con él y yo atiendo a un grupo de psicodrama", que contó. Y:

-Claro que el que lleva las riendas es el doctor, naturalmente, yo de momento sólo asisto para irme soltando, para habituarme con el tema que es muy, pero que muy interesante. Si algún día necesita algo sólo tiene que darme un timbrazo; la orientaré con mucho gusto y lo mejor que pueda. Buenas tardes.

"Y cuando la jovencita se hubo marchado ella se volvió y dijo:

"-Pues fíjate, justo lo que estaba yo necesitando, más leña al fuego-. Me miraba de hito en hito y abrochando y desabrochando el tercer botón de la rebeca gris que llevaba puesta -. Precisamente, todo ese barullo que tengo yo en mi cabeza y que

tú dices que explico tan mal se me ha organizado a causa de una de esas terap...

Pero que el timbre había vuelto a sonar y era otra vez la joven de los abalorios que decía:

-Ah, es únicamente por si es usted un poco retraída y piensa que llamando a mi puerta por pedirme consejo me importunará; por eso vengo a dárselo: no acuda a una terapia jamás. La volverán loca.

-Pero usted...

-Sí, sí, ya, yo...Estoy en ello nada más por la alegría que me produce ver cómo la gente las abandona sin previo aviso y no regresa nunca más...; algunos, claro, que otros...

"Y yo entonces le dije - dice - así no llegará usted a ninguna parte y ella me contestó, muy tranquila y quién quiere llegar a donde otros piensan que es alguna parte".

Y que pero pero que la joven ya se había marchado y su amiga le dijo:

"-Eso es exactamente lo que he hecho. No volver más.

"-¿Tú ibas a una de esas ter...

"-Sí. Porque hubo un tiempo en que pensaba que, escudriñando, desmenuzando, descuartizando lo vivido encontraría no sé que claves que arrojarían luz sobre...no sé...a veces se piensa que sabiendo y otras que qué es lo que hay que saber...He estado yendo dos veces por semana, no te lo había comentado nunca, pero sí hasta que un día, hace poco, descubrí que estaba muy harta...sí...fue la otra tarde, casualmente, después de la sesión; tenía la cabeza tan embotada que me metí en una cafetería, en el Café de Oriente, la parte de fuera que da a la plaza y es así como de tipo francés o viscontiano, con mucho glamur y todo tan exquisito, delicado...¿Sabes?, había un gorrión, un gorrión allí y resultaba curioso verlo tan tranquilo, allí, en un mundo que no era el suyo y dando saltitos por debajo de las sillas de terciopelo

rojo sin ningún temor picoteando alguna pizquita de pasta de té y, luego, se reflejó volando en uno de los espejos y desapareció. Había llovido - pero, sorprendentemente el hombrecillo reaccionó ante la buena noticia decididamente mal - y ahora empezaba a es campar y recuerdo que pedí un té y una aspirina con un vaso de agua - y prorrumpió en ayes lastimeros y en sollozos farfullando, sin cesar de patalear su gorra y tirándose como ya indiqué de los pelos protestando "¡oh, no, ¿qué va a ser de mí?, no arruine se ñor por favor mi última esperanza - y miré a la gente de las me sas cercanas y, una joven lindísima, rogaba a un viejo de aspec to prospero si bien no poco repulsivo "no puedes hacerme algo así, te he dado mi vida entera"- y no me firme la comparecencia que será la prueba irrefutable de que todos los años que llevo vividos han sido una realidad y no un mal sueño del que, si su eminencia o su ilustrísima o como malditos rayos haya que tratar a vuesa merced...que yo soy ignorante, e iletrado y un zoquete como muy sabiamente asevera mi mujer el diablo se la lleve mala bruja hedionda y desdentada...tiene la bondad de ni sellar ni fir mar ni rubricar seguiré albergando la esperanza de poder despertar!" - y el prospero hombre repulsivo no se conmueve y le habla en to no hiriente y despectivo y la linda jovencita llora y ruega y suplica - "modérese", dulce ahora, bondadosa, la voz cansada al otro lado, exhortando al hombre de la bufanda mugrienta a "no em peore usted mismo su situación con tanta palabrería accesoria. Le iba a firmar el acta con un aprobado raspadillo, casi en el lími te del no es, pero con esta disertación suya no me va a quedar más remedio que otorgarle una cum laude que le va a resultar bas tante engorroso el poder negar" - pero hace él oídos sordos y se burla y la humilla y la joven no puede ya con más congoja y sale corriendo y "¡me mataré!" grita antes de desaparecer entre la mul titud y debió de ser mentira - "¿y qué es una cum laude?", que pregunta, y cuando se lo explican se rasca un oreja y dice que, bueno, que bien pensado se la va a quedar, por chincar mayormen

te "so bruja, ¡toma zoquete!" más contento que unas castañuelas y bailando ahora sobre la gorra mientras con el puño cerrado hace además de que se fatidie a su hedionda costilla -, que tal vez lo dijera tan sólo por mortificarlo porque la vi ayer, en la peluquería, una nueva a la que voy ahora que me tratan muy bien el cabello, y ella dijo "con luna, ¿verdad?, las señoras así como usted vuelven a llevarla mucho" y estaba tan peripuestísima y sin ni una ojera y le dije que sí, que con luna por favor y por el suicidio me pareció poco elegante preguntarle".

-Sí, porque...podíamos pasarnos a unas manitas de julepe...hay que tener clase, ¿o no?. ¡Ah, no!, ella tan fina nada más se aviene a la canasta...¡cursi jodida!

-¿Decías? - porque es que había sido entre dientes.

-Nada, nada.

Y que fueran aflojando la mosca, que se acababa el fondo.

Y que por eso había dicho "hasta aquí y ni un paso más" porque a poco, muy poquito - que dijo - que te detengas tan sólo un instante a mirar el mundo te das cuenta de que no hace falta ninguna complicarse tanto.

"-¿Así, de buenas a primeras?

"-Sí, así.

"-No sé - mirando su cigarrillo con disgusto, que a veces los enciende de forma enteramente maquinal -, pero me parece una decisión poco meditada.

"-Tal vez lo sea - si bien la voz era ligeramente temblorosa en el ceño se dibujaba una firme resolución y que ella la vio, un poco fruncida -, pero...quiero dar un poco más de libertad a mi pensamiento, a mi mente, deseo permitir a mi razón discurrir con algo menos de...vagar un poco más sin rumbo: quitarle barreras.

"-Pues puedes felicitarte - le dije, que le dijo, apagando el cigarrillo -, que lo estás consiguiendo.

-No seas sarcástica.

-Pero si es que es verdad - y que pegó un bufido, y ahora mismo da otro y "en las personas gordas decir suspiré resulta pretencioso" consciente de su muy rotunda realidad ella y echándome una mirada quejumbrosa y: si no te pones una pizca bor de esta gente tan sublime te come. Se justifica, haciendo una pelota con el paquete vacío y - ¿Qué te propones? - Que le dijo, y yo de espectadora pardilla, aturullada, sin poder ni decirle "¿quieres uno de los míos?" porque ella, un poco ácida a veces sí que lo es, pero no sarcástica. Pero es que yo no fumo, aunque supongo que ella sabe que ha sido sólo una forma de decir.

"-Intento nada más vivir al hilo del instante - me contestó, dice -; del mío y de todo cuanto pueda haber alrededor. Estar en el presente, agarrar del hecho de vivir únicamente esto.

"Cerró su puño en el aire y luego lo abrió y me enseñó su palma vacía. Y yo oí cómo caían primero diez o doce aislados y a continuación todos los demás repiqueteando sobre el plato de loza un poco desportillado que utilizo nada más para batir huevos o enharinar pescado todos los granos de arroz que caben en la mía cuando mido un puñado de arroz por cada vaso de agua".

Y ella también lo cierra, el suyo, apretando la pelota de veinte cigarrillos ahora humo y que, irritada:

-¿Y qué con eso?

-¿Cómo que y qué?

Que fue su respuesta de ojos muy abiertos. Y tira la pelota lejos, que rebota sin llegar a volver.

Y que pero que ella no sabía contestarle cual era el y qué.

-Ni saber ver siquiera - ahora, pero cuando no sabía verlo supuse que era entonces, y me levanto por ir a recogerle la bola de humo y se la pongo muy sumisa en la mano - con un mínimo de claridad qué no estaba entendiendo del planteamiento que ella hacía.

De modo que dijo está bien yo de todos modos para esas sutilezas no sirvo - calándose ahora un gorrito de lana que, por ser, así lo que se llama ser, es pero que feísimo y hay que fastidirse lo muy de maravilla que le queda - y le dijo tengo que marcharme porque además era verdad y salió andando repitiéndose "según me ponía los guantes: no se te olvide comprar las patatas" y bajó sus cinco pisos andando porque el ascensor no funcionaba:

-El que tenían antes que era un cajón con puertas y un espejo lleno de manchurriones de azogue saltado no se averiaba nunca, y éste tan moderno ahí tienes.

Y caminó mirando a cualquier parte, a lo primero con que tropieza el ojo atenta sí a que no se le pasara un supermercado fachadas rember gestoría viajes rebajas compre aquí su bono bus castañas consumibles de oficina metiendo los tacones en todos los agujeros de todas las baldosas rotas taxidermia bombas de hormigonar un día me moriré sin haber hormigonado jamás el número cinco no me sirve va a Sol la gente vive tan normal en casas que otro igual de corriente ¿dónde he visto yo esa cara? no pisará jamás estampaciones guardaría ¿dónde?, instalaciones de piscinas plataformas aéreas a quién le hace falta una plataforma aérea, ¿cuándo? no mucho desde luego una o dos veces y no más, mudanzas, y lo demás de oídas, acondicionadores, amiga de amiga que es amiga de, conocida, sí, eso es, amiga de, enemiga mejor, siempre juntas pero a matar, muy critica, la otra bueno pero habla tanto tanto. Ya caigo, anda que vaya nombre, cerramientos especiales, sí, se juntan por las tardes y se arrancan la piel a qué cosas tan raras se dedica la gente, disfraces, eso mira alguna vez aunque yo no que de qué, abrasivos: lijas y muelas. Me da una lija y dos muelas por favor vengo desde qué barbaridad y yo justo en la puerta y sin hacerme falta esa sí que se lo montó bien estoy por entrar y comprar una, aunque vete tú a saber si lo que dicen, pero mejor no, alomejor es enorme y dónde la coloco yo, pero al vendedor míralo con su guardapolvos le haría ilu

sión hoy entró una señora y compró una muela, a su señora que comenta a la vecina mi Telesforo hoy vendió y "es que tiene mucho arte". Veinte personas, veinte opiniones, pero para todo. Y que un taxista no me la dejaría llevar. No sé. Y sin embargo cada cosa pasa sólo una vez. ¿De molino quizá?. Pero ¿cómo puede ser? siempre estuvo en esa esquina delante del bacalao; pero total sigo andando qué más da y así sin muela, tan ligera y tan bien. Cantaba en aquello que cerraron luego El Jardín del Edén sí, era muy comentado que tenía una bonita voz de mezzosoprano aunque jardín no había como muy bien dijo aquella chica de... mierda ¿cómo se llamaba aquella chica de?, bueno, es igual, "si tan bonita la tenía por qué se quedó en mezzo, ¿eh?" y su razón tenía, un sótano sin ni un ventanuco pero ¡vaya lujo! porque yo ya puestos me llego hasta soprano, a pleno pulmón pero por qué me habré acordado.

No sé.

Pero cuando se puso a hacer la cena las patatas no estaban y en qué estabas pensando so imbécil que mira que te lo recordé y es que me pones negra.

Porque tiene mucha costumbre de hablar sola, desde niña y no la perdió nunca:

Ésa sí que se lo montó bien. Un día se hizo la loca y si te he visto no me acuerdo. Yo no valgo.

-Pero las cosas no fueron tan así.

-Ella qué sabía.

-¿Qué hay que saber?

-Nada...bueno, que una señora tan así como tú..."aflojar la mosca" queda muy fatal.

No sabía.

-Pues no sabía.

No; trató de recordar pero hubo de admitir que no sabría decir en qué iba pensando y si tuviera que hacer una declaración jurada insistiría en que en nada pero lo cierto es que se

olvidó y bueno me olvidé, dirá, si bien lo que sí sabe, porque eso sí lo sabe, es que su Zeus, su auténtico y verdadero Zeus, nada mítico, no le preguntará en qué estabas pensando porque su pensamiento es algo por lo que no se interesó jamás y "míralo - sin verlo propiamente con sus propios ojos desde el recinto amurallado de sus lares, su cocina, sus sartenes - ahí con su calzón corto esperando la cena en el salón que hay que tener, maldita sea (se dice), poquísima previsión de futuro para llamarlo así pero quién podía figurarse, entonces, rosado y tan pequeño (un kilo setecientos gramos - había dicho su madre -, poco más que un pollo terciadito que si no llega a ser por Amaltea...¡oh!, Amaltea lo adoraba, figúrate que ni le regañó cuando le rompió su símbolo más emblemático: pero por supuesto que el niño lo ha roto sin querer, ¿verdad? - que había dicho, cubriéndolo de besos y riéndose como una loca, la muy inconsciente cabeza de chorlito - mi rey lo ha roto jugando...¡osito de peluche!) que llegaría a convertirse en esta mole que mira la tele ahí despatarrado y grita enardecido:

-¡¡¡Gooooool!!!"

Atiborrándose a panchitos...pero, rosado, sí. Rosado exactamente lo mismo que un cerdito con su calzón corto y sus juanetes que quién adivinaría en las reuniones tan tensas de los consejos de administración, allí, tan imponente, tan soberbio, tan Don a quien nadie se atreve a replicar y aquí ¡la cena, coño! que en qué estaría ella pensando jovencita estúpida, romántica e incauta para enamorarse y sí "sí quiero" que hay que echarle valor, valor y muchos huevos no te pongas ordinaria...Sí, huevos muchos, pero patatas ni una porque las olvidó.

¡Qué bien hiciste!. Exclama, recordando así sin pretenderlo, de repente, aquella cara, aquel lugar...ya caigo.

-Usted es que es muy culto - apretando los dedos asustados sobre la mano negra.

Porque a pesar de las vicisitudes que han pasado jun

tos, y de haberse perdido y discutido y de:

-Mire, para eso tantas vueltas.

porque estaban exactamente en el mismo punto y:

-Sí, no hay duda ese es el botón de su chaqueta.

-Pero si antes no avanzamos tanto.

y de pues esto es lo que hay y que cuidado que no se resbalara no se han apeado en ningún momento del usted.

-No se crea - replica -, cotilleos, minucias, retazos de dimes y diretes de las nodrizas y las ayas y un poquito de aquí un poquito de allá.

-¡Oh!, no no no no no - protesta, desatenta a dónde pone sus pies torpes - usted...

-Señora - corta, tajante ahora -; si la señora se empe^rra en llamarme de usted - y en una ruedecita que gira con su ín^dice, en lugar de bajarlo, sin querer, sube el volumen - no va^mos a lograrnos entender, ¿o es que no ve la señora que soy un puto negro?

Sí, lo había visto, ya lo dijo, una tarde de agosto... pero ella en ningún momento había pensado "puto negro", lo recuer^da muy bien...por huir de la solana...nunca tuvo consciencia de estar siendo racista y si ahora lo está repitiendo así y hasta sintiéndose, piensa, un poco avergonzada y que le hubiera gusta^do omitirlo es tan sólo por no faltar a la verdad, por no alterar qué él de verdad dijo...:negro.

Negro como un zapato y tocado con un turbante, un tur^bbante color rosa y una pluma y el torso adornado de unas pintu^ras blancas rayas horizontales sobre sus pectorales pegados a las costillas y unos tejanos cortos, allí, en el vagón, con depor^ttivas blancas y gafas graduadas y se bajó en la parada, en la estación siguiente y pensó que lo olvidó y ahora "tenga cuidado" atento a la música que se desliza por los interiores de aquellos dos cables tan finitos hasta sus orejas y ella temiendo, temiendo caerse y romperse una media que qué mala impresión, temiendo y

acoquinada porque siempre sintió desconfianza de negros y de drogadictos y de gitanos y de todos los que no estaban siendo iguales a los que pudieran estar siendo los dueños del entorno y los lógicos, los incuestionables y aceptados y aquellos dos cables negros, largos y muy finos aunque resistentes para y ahora caminar sola, sin ayuda, sin mano que la guíe y... ¡insensata!

-¿Cómo lo pudo hacer?

-No lo hizo - dice -; fue sólo un espejismo, una alucnación, un mal impulso que inmediatamente dominó.

-Ah.

-Pues ¿qué creías?

-No hubiera sido raro. El miedo hace a veces que matemos justo aquello que nos puede salvar.

Y de inmediato se disculpa con "no es mío".

Y que ella en la vida había matado nada; que ni una mosca.

-No - considera -; ¡si anda que no es difícil matar una mosca!, ¡si se escapan siempre!

-Por eso - asiente -, ¿cómo iba entonces a matar al negro?

-¿Qué?

Y que sus caminos que por un instante discurrieron juntos se separaron luego pero por otra cosa, por algo que no importa.

Dijo.

-Aunque quizá sí - consideró, quitándose los guantes de goma y soltando el cuchillo porque...total, resignada ahora a unas humildes tortillas de atún y que sea lo que Dios quiera cuando además él, lo más seguro, no se iba ni a fijar; que los dioses eran, en el fondo, tan ridículos y pagados de sí mismos, tan engreídos y vanidosos.

Y que tal vez sí.

Tan soberbios.

Y titubea un instante porque al salir quiere apagar la luz pero ya lleva en las manos la bandeja y, no importa, dice, que va a volver en seguida, hoy no zascandileará nada hasta las tantas como le pasa siempre; hoy no, mañana es el día, su día que ha esperado tanto tiempo y quiere dormir bien, y levantarse des_{pe}jada y temprano, antes de las nueve que es cuando el biorritmo le pega el bajón y ya no hace hasta a eso de la media tarde carrera de sí misma. Pero mañana, no.

Se ha dicho que ni siquiera va a poner la tele, que hoy nada de nada. Pero, que qué se pone y ¿cómo que qué? y qué importa eso - dice, convencida a medias - y "sí que me importa y si tengo tiempo iré también a la peluquería" porque no es capaz de hacerse por más que está intentándolo a la idea de que esta cita es diferente

-No es como ir a la citología cada seis meses.

-Si os poneis a hablar de menudillos me marchó.

-O a rellenar la declaración de la renta.

-¿Te ocupas de esas cosas?

-Mi marido está siempre tan atareado, tan embebido en su mundo y entregado a sus...

-¿Qué tal le va?

-Pues...

-Si os poneis a hablar de cosas estúpidas la que se marcha soy yo.

-O acudir a una primera comunión - por poner paz, que las hay muy hermanas de la caridad.

-No son "cosas estúpidas" - muy dolida.

-Ah, ¿no?, pues ya me contarás quién ha visto...

-¡Haya paz!

-Pero si es que...

-O a un cumpleaños.

Y como de los años no quiere hablar ninguna viene a ser mano de santo y vuelven a lo suyo y termina por poner la tele;

pero la vuelve a quitar, que hoy está nerviosa, inquieta, ¿qué decir?, que diré así sin ningún plan trazado, sin haber dedicado un mínimo de tiempo a meditar y para colmo sin escapatoria, sin poder decir no.

Porque el asunto la pilló a trasmano, de improviso, y aunque hubiera sucedido de otro modo - se dice; y vuelve a poner la y recorre todos los canales pero no hay nada que la atrape y la vuelve a quitar - hubiese sido exactamente igual. ¿O no?

-No sé, no sé se dice hablando sola, que cómo lo puede ella saber.

Y que quién antes, desde que el mundo es mundo, se ha visto jamás en situación semejante.

Porque la voz había sido tajante, "señora", sí.

Y que tal día a tal hora, sí, en la agenda lo había apuntado aunque no le hacía ninguna falta, que ella se acuerda: tal día a tal hora y en tal sitio y usted decide, que ella decía ¿se lo estaría diciendo en serio o era solamente una forma de hablar?, pero no pidió la aclaración porque para qué si ya le advirtió a renglón seguido pero tenga usted en cuenta que no se le dará una segunda oportunidad y ella, de algún modo, lo había encontrado obvio ya que no razonable habida cuenta de que ya mucho tiempo atrás se despojara, para bien o para mal - que ahora ya no sabía si había sido suerte o una pérdida quizá lamentable conectando y desconectando la radio y poniéndose un disco, no soporto las arias y a esas gordas gritando, y volviéndolo a quitar - de la creencia que ahora se le antojaba absurda, y su decisión de abandonarla irreversible, de otra vez reencarnar que para qué, ¿eh?, ¿para qué?, para quitarse qué espina ni tomarse qué venganza contra qué ni contra quién.

Ahora ha terminado su exigua cena que mira, algo de qué alegrarse dice, que para una sola se sale del paso con cualquier cosa y deja el plato y el tenedor solos allí en el fondo del fregadero vacío y mañana os fregaré, perezosa, pero de inme

diato cambia de opinión y que mañana que cuantos menos inconve
nientes mejor.

-Y una vez terminada la faena se secó las manos y pasó por el baño a cumplir el ritual desmaquillado dientes y etcéteras y apagó la luz y se acostó.

Dijo.

Pero lo cierto y que no confesó a nadie, que además a quién, fue que no logró conciliar el sueño y que pasó una noche de perros porque no cesaban de asaltarla interrogantes, que qué tema, que cuál era el tema que nadie le había dicho: tema libre. Pensó. Puedo recurrir a cuántos quebraderos de cabeza me ha aca
rreado el aceptar:

-Estuve tan atemorizada pensando que tenía que presen
tarme ante ustedes yo que es la primera vez en mi vida que... -
ensayando, para rechazar con -: no, no, demasiado fácil, se nota
rá que es por salir del paso y me dirán que no sirve.

Y dio vueltas e intentó contar ovejas pero no resultó.

-Pero como no es un concurso - se quiso argumentar.

No era un concurso y no tenía nada que ganar o perder,
y así se lo dijo a sí misma y además, no te va la vida en ello
que se le antojó chiste fácil y sin pizca de ingenio porque su
cuita era bastante más seria que una vidilla de más o de menos
que ¿qué podía ser?, pues pan comido, coser y cantar. Su proble
ma era, sin punto de comparación, infinitamente más complejo.

-Además: las cosas hay que hacerlas bien.

Se levantó.

Siempre guardaba, una costumbre de toda la vida aunque
tonta de siempre, periódicos atrasados en el compartimento de de
bajo del horno con la promesa de un día los junto todos y los lle
vo a uno de esos contenedores de papel y pensando pensando dio
en decidir que eso podría servirle:

-A fin de cuentas no se trata de enterarles de ninguna
noticia - valoró, desparramando el ahora mismo de mil años hacía

olvidados ya en su propio entonces eventos de intereses vitales y trascendencias inconmensurables que qué tonterías, se dijo, di go por culpa de los nervios - y sí tan sólo de "la señora vestida de verde que leyó un artículo".

Misión cumplida, liquidado el tema, mirando de repente con asco un titular en grande "borregos" y tirándolo lejos y re cordando, por añadidura, que el traje verde lo tenía en el tinte y "demasiado chillón, de todos modos", y al titular "¿no veis que os está manipulando el bando de los buenos?".

-Y que quiero algo mucho más personal....- murmura, y de un manotón seco se echa hacia atrás el pelo para acto seguido, alborozada -: ¡la señora del traje beige que...!, pero qué qué si había despreciado los diarios.

Sin contar con que en el traje beige no cabía, pero quién estaba para recordárselo.

De modo que pensó, caviló, deambuló, discurrió.

El vecino de abajo mandó a su señora que por favor deje usted de darse paseos que dice mi marido que lo está desvelando, tiene el sueño tan ligero y tantísimas preocupaciones.

-Comprendo.

Pero no se defendió esgrimiendo sus cuitas. Eso podría hacerle su juego: subió la vecina y dijo que. Pero también eso lo rechazó por demasiado común:

-Vecinos que molestan los tiene todo el mundo, y si a todos nos pasa que no se nos ocurre otra cosa es como para termi nar de los nervios.

Porque defectos tendrá muchos, pero nadie puede negarle que en los demás piensa; que por eso se había quitado las zapatillas y hacía ahora largos de pasillo. Llevaba ya varios cuando acertó a verse reflejada, no con nitidez pero sí la suficiente para reconocerse, en la puerta de cristales del armario de los libros del hall.

Corrió hacia el espejo...bueno, casi lo era: ¡podía

ser tremendamente fácil!

-Puede ser tan sencillo como cuando de niña te ence rrabas las tardes de domingo en el baño y mientras ellos hablaban con la mesa de las tres patas te pintabas los labios...pero no siempre era la mesa, que a veces hablaban ellos por boca de su propia madre, pálida, con los labios blancos...y jugabas a los personajes.

Y salió corriendo.

-¿Asustada?

-No se sabe. Nunca dijo.

Pero cuando se ve frente al espejo verdadero vacila. Sus ojos están allí del otro lado aguardando inquisitivos y se azora. ¡Pero si entonces te salía como si nada! Todo tipo de pa rrafadas, de situaciones, de lugares que nunca habías visto... los barcos hundiéndose la conmovían hasta las lágrimas, y los aviones en dificultades pero nunca se resolvió a que alguno se llegara a estrellar...y ahora me vienes con que no eres capaz.

-Es que ya no soy una niña; me siento ridícula, y pin tarme los labios ya me los termino de despintar.

"Acabo".

Vale, ¡cuerno!

Se cruza de brazos. Enfurruñada, de espaldas al espejo y dando pataditas con el pie descalzo. Vamos a ver, vamos a ver, mirando el techo desconchado alguna vez lo tendría que mandar pintar pero cuándo haría el ánimo y vuelta y venga y dale y que nada y que nada y que nada.

-Además - un nuevo inconveniente que no sabía muy se guro si lo era, pero el encontrarlo le propiciaba postergar el pensar -: no me han dado el tiempo.

Y, sí; nadie le había dicho ni una palabra de la dura ción. Pero esto la ayudó a decir verdad poco: no teniendo el qué a qué preocuparse de que nada tuviese o no una extensión más o menos razonable. Mas: pues aun así, y empieza de una vez, te van a dar

las tantas. A su otro yo.

Y debió de ser la propia angustia, la desesperación lo que la hizo romper el fuego y empezar a hablar, sola, al principio bajito, irresoluta, con frases entrecortadas, con las ideas mezcladas y en desorden y sin saber cuánto ni muy bien de qué pero lo suficiente como para poderse marchar más tranquila a la cama y dormir hasta la mañana siguiente; ya se había hecho una composición de lugar - sucinta, sí, pero compuesta - y de lo que sí tenía palabra, la voz se lo había dicho, es de que no se trataba "y que me muera ahora mismo si la estoy mintiendo" de una confesión, no necesariamente al menos "aunque también se admiten", y de que en ningún caso se le exigirían documentos ni pruebas.

-Y parece que no le quedó mal, ¿sabes?

-¿Cómo "parece" - dije - cuando tu debes de estarlo sabiendo?

-¿Yo?

-¡Claro! - le contesté -, por entonces estabas desempeñando allí no sé que papel...una vocalía, dijiste, lo recuerdo porque la palabra me chocó: "vocalía". Un invento tuyo.

-¡Un invento no!

-Una palabra que no existe.

-Ah - y con mucha viveza -: pero tendría derecho a existir, tanto como secretaría o conserjería.

-Está bien. A lo que voy es que todo el rato he estado creyendo que lo habías presenciado, bueno, quiero decir oido, personalmente.

-No. Personalmente no...- y aquí se le escapa una risita y repite, no sin algo de mofa - "personalmente", ¡esa sí que es bonita! - pero se pone en seguida seria y continúa -: aunque casi como si sí, que fue la cosa tan comentada y corrió tan de boca en boca que...¿no te ha pasado nunca?...seguro que sí... a todo el mundo le ha pasado alguna vez, oír una historia, una anécdota, cualquier cosa - se puso de pie y caminó hasta el apa

rador para regresar portando una caja que había estado allí siempre y que, al retirarla, dejó sobre la madera un rectángulo perfecto prueba fehaciente de que limpiar el polvo no era y no porque yo lo diga, ella misma me lo hizo notar y "mira - dijo -, si yo fuera de esas que reciben visitas de amigas criticonas a tomar el té me estarían sonando siempre los oídos" ni mucho menos una de sus actividades favoritas - contada con tal luminosidad y tal viveza que terminas por tener la sensación de haber sido testigo presencial de algo que en realidad jamás has visto.

-No. Claro que sucede en ocasiones, sí; pero concretamente en ésta me había parecido que.

Y sé que no dije nada más no sé ya recordar si porque no tenía en realidad ningún qué que añadir o porque me distraje en sus manos siempre tan cuidadas, lo único tal vez cuidado con obsesiva meticulosidad en su persona, abriendo la cajita que había pensando ser de música pero resultó que no.

-Recuerdo que no fui porque - estaba diciendo, aquella tarde...pero, no, no fue aquella tarde, que me termina pasando por algo así como empatía ya igual que a ella. Fue en otro momento aunque en realidad qué más da - aquella tarde no me quedó más remedio que...pero ¡qué tonta estoy!, no fue aquella tarde que te conté que había estado...bueno, es igual, quizá no te lo conté pero no importa, no ahora, ahora te hablo de la tarde en que mi amiga...¿nunca te hablé de mi amiga?...¿nunca?...Bueno, yo la quiero mucho, no sé si los hombres entre vosotros teneis amistades así por aquello de los prejuicios y esas cosas pero las mujeres sí y seguro que cientos de veces si no nombrándola lo que se dice así propiamente con su nombre te he comentado cosas, o pronunciado frases, o gesticulado de manera que en realidad aunque por mi boca y por mis manos quien se expresaba era ella. Sí, no te rías, que en ocasiones tanto que, viéndote mirarme, llegué a sentir envidia de si era a mí a quien prestabas tu atención o estaba siendo a ella.

-Y añadió - cuenta, él ahora, a mí - que, bueno, que como era su amiga tan pero tan del alma me dejaba quererla "pero, eso sí - dijo -, quíerela si quieres pero no más que a mí" y sé que le contesté "ese riesgo no cabe porque tu amiga si llega a mí es a través de tí; y como el personaje creado jamás puede su perar a su creador ella estaría siendo en todo caso tú".

-O yo en todo caso ella - que contestó.

Y yo, escuchándole, no era capaz de encontrar el camino de salida ni la respuesta a la pregunta que me corroía de si pro cedía sentir celos o no pero él ya estaba diciendo que "pudiera ser en cierto modo verdad - que le había contestado, y que ella se había agarrado una medio rabieta y lo ves lo ves tengo razón yo pero que él la atajó con pero porque si escuchara sin amonto narse hubiese notado que él dijo en cierto modo verdad pero - pero ineludiblemente ambas un poco inseparables ya. Que ya nunca jamás sería posible quereros a una sola, o no al menos ignorar que no podría saberse, con nitidez, a cual se estaba queriendo. ¿O no?".

Dijo.

Y yo allí sin saber si sí o si no y diciéndome "ya me buscaré la respuesta otro día" porque ella ahora, mi rival, se revolvía y protestaba "pero ella no es un personaje".

Pero ella no es un personaje - dijo -, no es alguien que yo haya imaginado sino alguien tangible y verdadero, de carne y de hueso que tiene su propia identidad suya propia, ¿me entien des? - que un poco más sosegada ahora porque cuando quiere hacer se entender se olvida de todo lo demás, o casi -, una persona real y de verdad con su propia historia y que por eso mismo estoy hablándote de ella, porque aquella tarde que te digo su historia se embrolló y, al ella contármela, me di cuenta de que de algún modo me estaba dando réplicas a lagunas de la historia mía que... pero no creas, no vayas a creer que me contó así lo que se pueda entender por contar que contó; no, que todo era mezclado, nebuloso

so, desparramado lo mismo que todos sus enseres varios diseminados por el descansillo que ya dijo ella misma que saber que no debía hacerlo no la desanimó lo que se dice nada y continuó desparramando con parsimonia y tarareando por lo bajo la sinfonía numero cuarenta de Mozart todos sus objetos personales o la Primavera de Vivaldi que aunque sabía que no eran confundibles por el descansillo lo mismo que un niño esparciría todo su ejercito porque si una empezaba tirorí tirorí tiroriro de indios en severas filas en el suelo la otra comenzaba lalilo lalilo lalilo del salón sin respeto ni consideración ninguna a que una visita lo pise o salga alguien de la consulta de un médico y se rompa un pie sin esperárselo y la mire y le diga esto no se puede consentir esta mujer está mal de la cabeza o con los niños mano dura pero ella no supo nunca tener un salón como Dios manda el arranque de parar a un transeúnte ni mano dura con nadie y después de obsequiarlo con su cantinela y menos y por descontado con unos hijos que jamás tuvo preguntarle ¿cuál de las dos es? y darles un azote sin ira en el culo aunque hubiese sido sin duda mano de santo para no volver a equivocar los títulos pero nunca fue capaz de hacer tanto acopio de valor como para abrirse de piernas abordar por la calle a un extraño y demandar tan insólito requerimiento y forcejear y jadear porque ya siempre se hubiera acordado de la cara de perplejidad y engendrar un hijo al que quizá odiaría siempre por mucho que ella le explicara traer a su memoria unas facciones desencajadas es que me destroza los nervios no saber en cuál estoy ¿sabe? y darle las gracias y alejarse para siempre y olvidar sin que importara cómo eran los ojos del melómano que la sacó de la duda.

-La duda - me dije -, ¿y a mí quién me saca?

Pero ni hay costumbre ni fue nunca con su temperamento y allí estaba sin hijos enredada con Mozart y Vivaldi y sin la más repajolera idea de qué coño sería un orgasmo, allí, tan ricamente sentada en la escalera cruzada de brazos de uno de esos

edificios de la calle Jener recostado su hombro derecho tan se ñoriales contra la pared y su mirada clavada donde nunca había estado en el hierro forjado de la celosía del ascensor antes y muy probablemente jamás volvería con motivos bíblicos.

Y después de un buen rato de una hoja de trébol "de cuatro hojas son de la suerte, guárdalo" una cabeza de dragón en la forja volvió su atención otra vez al ejército de enseres lápiz de cejas miércoles quince auditorio siete treinta sólo porque la agenda se abrió por esa página y un mechero Dupont de oro sin piedra y uno de veinte duros usar y tirar que sí funciona pero no tiene ya remedio y eso no sirvió para ponerse un cartel de NO FUNCIONA mujer invulnerable en un letrerito pequeño con mano torpe y muy posiblemente áspera aunque laboriosa en la punta afilada de la lengua de hierro de la serpiente del paraíso que cuentan las viperinas fue la que tuvo la culpa de todo pero ella sabía que no era verdad cuando ya lo tuvo todo cuidadosamente desten-
dijado y aun antes aunque no hiciera el ánimo de prestar atención y las piernas bien juntas "esto ya no se ve por el mundo" y con todo recato "Industria exige doble puerta y de acero" porque ja más se supo sentar de cualquier manera ni en el caso de que no la estuviera viendo nadie. "Pero es que es normal - pensó, y do blando el cuerpo sobre las rodillas atisba allá en el fondo el ascensor parado - un trasto tan de otra época que debieran de co brar entrada nada más por venir y mirarlo".

-Una rareza...ful de diamantes.

-Sí, especie en peligro de extinción...oye, ¿qué es más, un poquer de bastos o una escalera de color?

-Alguien la protegerá.

-¿Sin que importe el color?

-¡Órdago!

-Echale una mano, que ésta empieza a ponerse nerviosa.

"¿Y a mí quién me protege?"

Se recostó contra la pared de nuevo y después de con

templar con detenimiento su ejército, como si la entrada en combate del mejor de los soldados fuese a ser garantía de ganar no sabía qué batalla, rompió filas con el paquete de kleenex segundo recluta por la derecha de la tercera fila "¿cómo se pueden llevar en un bolso tantas guarrerías?" y sacó uno que desplegó con mucha parsimonia y alisó sobre su falda con pulcritud extrema para, una vez verificado que por lo pronto no iba a salirle ni una lágrima, volver a doblarlo esta vez en cuadrados cada vez más pequeños "cuatro dobleces" para total terminar cerrando el puño después de tanto esmero y una pelota sudada "¿quién me echa a mí una mano?" mientras con el índice de la mano derecha iba recorriendo los dibujos de hierro mirándose los pies pensando "siempre te gustó lo caro sólo porque te confiere la cualidad de minoría, nada más que por eso" en sus zapatos recién comprados en la mejor tienda de artículos de piel de la ciudad pero alguna vanidad hay que tener y en la vida todo son códigos apenas dos semanas atrás a juego con el bolso mensajes cifrados para acarrear un muestrario de artilugios del todo innecesarios que nada más aciertan a interpretar quienes están en el misterio de las mismas claves induciendo al error de hacer creer que porque llevas tal firma o tal otra eres de mejor clase y que todos los mismos clicks van a provenir de activaciones idénticas de resortes iguales.

Deslizó luego la vista hacia arriba por sus piernas en riguroso paralelo "no me gustan las medias tan claras" y al acariciar la licra "ni las uñas tan sangre, la próxima vez le diré a esta niña que ocre o teja" porque puede desde luego no importar pero las pequeñas cosas tienen su peso, ¿no?, y ahora ya sí y sin saber decir el porqué que sí que se le cayó una lágrima que se secó de un manotazo y de un barrido con el brazo arrastró todo al interior de su bolso y se puso de pie casi de un salto y agarrándolo de un puñado salió corriendo escaleras abajo y:

-Las seis y diez y en un taxi puedo estar en el Alpha

ville a las seis y veinte.

Y llegó, al final mismo de los letreros pero llegó.

Era una película triste que la dejó de mal talante por que "no es verdad" y luego, por la calle, caminando sin prisa "por qué el realismo tiene forzosamente, por lo visto, que ser tan poco objetivo" cuando la realidad lo es mucho más andando distraída mirando a veces las baldosas y en ocasiones hacia los escaparates o un rótulo "nada jamás puede estar tan limpio, tan no impregnado, tan..." o un broche de bisutería en una solapa de traje chaqueta que alguien entregaría como regalo en papel de colores - "nadie adquiere un broche para sí misma", comentó - "tan... pero a la hora de querer mostrarlo es inevitable vencerse hacia una vertiente o la contraria y el punto medio no ofrece interés ninguno" y sin comprender aunque no tenga la menor trascendencia por qué aquel pañuelo y no cualquier otro pero quien lo lleva lo reconoce como suyo, en cualquier lugar, su pañuelo aquel que en tanto el ahora mismo es una sucesión de puntos medios otro cualquiera, mucho más bonito incluso, le es ajeno aun de mejor calidad y dirá si alguien dice "su pañuelo" "No, el mío es ese" y sonreirá dando las gracias para luego, porque hay gente muy rara, meterse en El Corte Inglés y birlas uno sin mucho fundamento.

Un coche pitó y la hizo dar un respingo pero no era a ella, era a un anciano de lo menos ochenta años que tan fresco cruzaba la calzada sin acelerar alguno y el semáforo ya en rojo y eso que aún le faltaba más de medio camino; como si tuviera siglos por delante. Y aprovechando la indecisión de los conductores un grupo de jóvenes bullangueros, sin mirar a ninguna parte, cruza en un pestañeo igual que si pasado ese instante ya nunca más fuera a haber el momento.

Y se calló de golpe. Y se quedó por unos instantes mirándome muy fija, con los ojos muy abiertos, como queriendo retener las lágrimas que se mantenían en dudoso equilibrio aferradas a sus pestañas.

Finalmente parpadeó y las lágrimas perdieron pie y me acordé de una película que había visto de niña donde un funambu lista está cruzando las cataratas del Niágara y se le cae la pértiga pero, cosas del cine, el hombre siguió adelante y hasta lo gró alcanzar la orilla entre suspiros de alivio: de los espectadores en nuestras butacas y de los extras contratados para arremolinarse como público allá, muy lejos, en otro continente, todos juntos tan lejos los unos de los otros viviendo un mismo instante de suspense cada uno en su momento y todo por capricho de un director de cine que después de todo está sabiendo de antemano qué desenlace quiere dar a su historia...porque, ¿sabes?, no sé si a tí te lo parece, pero, a veces, cuando me vienen a la cabeza retazos de películas de cuando era niña tengo la impresión de que el asunto se centraba más en qué pasaba, en cómo se ensamblaban los acontecimientos para llegar al FIN que ya desde el principio se intuía porque nada más empezar ya comenzaba a derramarse por la sala la advertencia de una banda sonora sermoneándote con "no te dejes engañar" y anticipándote que veas lo que veas ni te hagas ilusiones ni albergues esperanzas, que aunque te pudiera parecer en alguna secuencia almibarada que la cosa iba que era miel sobre hojuelas el hacha que te haría gritar un buen rato después estaba ya afilada y en alto tras la puerta cerrada.

En el cine de ahora ya no es así, ¿verdad?; nadie parece contar ya con acaboses desmedidos y las consumaciones extremas se suelen localizar más hacia el centro, con las insinuaciones previas - eso sí, para ir abriendo boca - que te ponen sobre la pista de que por mucha fantasía que tú tengas la imaginación se te va a quedar corta.

Ella insiste en que eso era mucho más glamuroso antes. Que dónde iba a parar decía la primera versión de El cartero siempre llama dos veces con Lana Turner en blanco y negro y una chaqueta sastre y tacones regresando de la playa de noche a la segunda, que que ella no ve que haga falta ninguna desparramar

los plumqueiks recién hechos hala venga todo por el suelo, oye - dice -, con tanta urgencia, sobre la mesa de la cocina y sin quitarse ni el delantal y colgarlo de un clavito detrás de la puerta: que luego las manos van al pan.

Dice.

Pero la que te digo de lágrimas despeñándose no era de carteros ni de lanas; ni sé por qué me ha venido a la cabeza ahora.

Las primeras rodaron en silencio y cuando sonó final mente el sollozo a mí me pareció estar tardando una eternidad en centrarme porque por un instante tuve esa sensación tan angustiosa que acompaña al despertar de una cabezada y ahí está una sin saber dónde ni qué hace en ese lugar que de repente no reconoce sabiendo sólo que tal vez debe moverse porque ya todo el mundo en pie se pone los abrigos y sonríe, que se ve que debió de terminar bien, supongo que con beso, siempre pasa, pero a mí me pilló quizás en otra cosa, sí, eso fue, pasmada allí, en mitad del asfalto, mirando al viejo en vilo tan calmoso y considerando "debe de ser una suerte de tortura ser madre de un espécimen de esta juventud tan loca" al ver de que modo atolondrado correteaban los adolescentes jugando y empujándose y tropezando con todo sin mirar a nada y "pero no será tan terrible - me dije - porque el mundo está lleno de madres y tampoco se ve tanta histérica suelta".

-A menos - pensé yo desde mi silencio, porque él en ningún momento daba pie a que yo pudiera decir nada, no me invitaba a dialogar y, sin saber ni cómo, me empezaba a embargar no sé qué sensación de lejanía que no me desagradaba en absoluto - que el trastorno se desvíe por derroteros insospechados de esos que luego hacen comentar a las amigas:

-Pues sí, fíjate, escondiéndose un pañuelo debajo del jersey.

Y:

-¡Pero qué me dices?

"Y que sí, que por mucho que pudiera parecer extraño le producía un inmenso bienestar, una suerte de liberación, saber que ella no era la única, que todo el peso de ser la referencia tipo - así lo dijo - de mujer, para él, no descansaba ya sólo sobre mis frágiles hombros sino que la compartía con la rival y con su amiga, por lo menos, y que eso era un grandísimo alivio".

Al mismo tiempo que estallaba el primer sollozo en su garganta se dio la vuelta bruscamente e instantes después pude oír, entre el estrépito de la catarata y el fragor del tráfico, cómo abría la puerta principal y la cerraba de nuevo no con el portazo que me hiciera suponer la violencia de su arrebató sino con un deslizar lento y apagado, casi suave.

Me quedé un rato allí, callada y quieta; esperando. Recuerdo que crucé las manos y que permanecí dando pequeños golpes con la punta de la nariz sobre el nudillo de mi dedo índice de la mano derecha considerando lo sorprendentemente parecidos que pueden ser el que gesto que acompaña a la memorización de qué hace falta traer del supermercado y el de perplejidad ante el mundo inaccesible de un ser humano tan similar por otra parte a aquel otro que lo mira desde fuera sin poder hacer nada.

-¿Lo dices de verdad?

-¡Claro!

"Y como se arrebuja, indolente, era una tarde de principios de invierno y la calefacción no funcionaba y como soy tan heladiza, dice, en su chal un poco astroso que a veces le digo perdona, pero pareces una pobre de pedir, con ese arremangar de hocico de gato que acaba de dar cuenta de un manjar entendí que sí, que era verdad".

Separé las manos. Las separé con un cierto esfuerzo porque una especie de inercia interior trataba de atraparme, succiionarme hacia algún lugar secreto que imaginé como un cono o un embudo que, si yo me dejaba, me arrastraría abismándome en consi

deraciones inescrutables y quiméricas donde, por mucho que me es forzase en bucear, no encontraría jamás el cofre del tesoro que guarda mezclados y en desorden todos los fragmentos de todos los cómos y todos los porqués de todos los instantes olvidados.

Separé las manos, me levanté del sillón con gesto tan decidido como si supiera qué es lo que quería o tenía que hacer y busqué en mi bolso el paquete de tabaco y el mechero que se obstinó en resistírseme escondiéndose detrás de la billetera, entre las llaves, debajo de los kleenex, disfrazándose de tacto de barra de labios, arropándose con las hojas de la agenda - ¿cómo se pueden llevar tantas guarrerías en un bolso?, sé que dije entre dientes - y cuando al fin lo atrapé mordiéndome con rabia el labio lo apreté con tanta furia como si quisiera estrangularlo y le dije cabrón y salí de la habitación sabiendo que no se me iba a ocurrir algo más brillante que "anda, fúmate un cigarrillo".

-Anda, fúmate un cigarrillo.

-Vete a la mierda.

Y recuerdo que, igualito que si aquella exhortación hubiera sido lo que puntualmente estaba esperando, apoyé la espalda a la pared sentada en el suelo junto a ella que llorosa se secaba la nariz con la manga de su blusa, crucé las piernas pudorosamente porque nunca he sabido sentarme de cualquier manera aunque no me mire nadie y solté un chorro de humo con absoluto deleite.

-Eres una asquerosa cretina - añadió, sorbiendo mocos y lágrimas -; ¡y una imbécil! - puntualizó.

-Pero lo soy sin darme cuenta y sin desgaste de mis energías ninguno. Así que no me ensalces, que no tengo ni pizca de mérito.

"Si bien yo la había tenido siempre por muy normal, una esposa convencional que ante una situación que pueda parecer estar entrañando riesgo, aunque sea poco, arquearía el lomo y enseñaría las uñas; por seguir con el símil".

-¡Qué graciosa que es ella! - y me enseñó todos los dientes al tiempo que alargaba la mano y agarraba los cigarros de un zarpazo.

-Ji, ji - y reconozco que el "ji-ji" lo acompañé de mucha retranca porque eso, que me diga graciosa, sí que me da pero que muchísima rabia.

Luego eligió un largo silencio en el que se limitó a fumar y sorber y suspirar e hipar rebulléndose constantemente y buscándose minuciosa por las piernas un pelo o un barrillo donde escarbar con una uña tenaz y después se enfrascó con aplicación en arrancarse con los dientes pellejitos de los dedos y un esmalte color coral muy bonito que estaba del todo impecable pero cuando le entra la frustración hace esas cosas.

Cuando estas actividades la aburrieron - dice que le dijo que había dicho la otra, despojándose ahora del chal inesperadamente y dejando ver un vestido precioso no soporta imaginarme de trapillo, dice, y con collar y todo caminando de pared a pared con pasos largos son los sofocos y dándose aire aunque estoy segura que en "la otra" no hay nada de sarcasmo y sí sólo el no saber cómo se llama...el climaterio, explica, y que si a mí todavía no - gateó hasta un cajón en el que revolvió con mucho ruido y entrechocar de chismes para regresar portando con gesto altivo y toda la dignidad que permite el andar a cuatro patas un espejo de aumento en el que invariablemente se refugia cuando quiere localizar en su rostro hasta el más mínimo defecto. Pero a mitad del camino se paró en seco para mirar con odio las puntas de mis zapatos cruzados e increpar airada:

-Una mema y una helada. Eso es lo que eres. Sosita y cursi y tan modosa siempre; sabiendo vivir únicamente tu pequeña vida piojosa que nunca te dará problemas.

-Todas las vidas son piojosas, si te pones así - recuerdo que contesté con calma -; ¿cuántas después de todo quedan fuera de lo común?. Y sin embargo todo el mundo sufre en mayor o menor

medida viviendo la suya...

-Ah, ¿tú sufres?

Se había dejado caer sentada con las piernas desparramadas y las ropas en desorden y arrugadas y los ojos y la nariz hinchados y enrojecidos y ofreciendo toda ella un cuadro de lo más deplorable que quepa imaginar.

-No yo exactamente - repliqué -. No lo sé; a veces sí y a veces no.

-Tú no has sufrido nunca - interrumpió categórica y gesticuló frente a su espejo.

-Bueno...- dudé. El sufrimiento me ha parecido un concepto subjetivo siempre y no sabía mucho a qué atenerme.

-Nunca, nunca - insistió. Y me miró torciendo el gesto en una mueca despectiva -: Yo, sí - declaró rebosante de orgullo.

Y volviendo a alzar el espejo se contempló muy satisfecha y con su dedo índice se acarició las cejas en ese gesto petulante tan apropiado a las mujeres bellas que, por contraste con el aspecto que por todo lo demás mostraba, me movió a la ternura y a una especie de risa nerviosa que logré refrenar simulando un bostezo cubriéndome la cara con las manos.

Pero apenas había yo iniciado este gesto, lo que no pudo suponer más de un par de segundos, me vi impelida a deshacerlo sacudida por no supe si terror o sorpresa al oírla pronunciar muy despacito, como con cuidado, igual que un niño que en el inicio de sus balbuceos pone todo el esmero y se deleita en los primeros sonidos articulados que le abrirán las puertas de un mundo sobrecogedor de tan inmenso:

-Follar.

Ahora estaba ella muy quieta, con las manos apoyadas en el suelo a ambos lados del cuerpo y no movía ni una pestaña.

"Se paró frente a una de esas acuarelas que yo denomino fáciles porque son un mar revuelto y un cielo brumoso y si das un brochazo de más o de menos o se te va la mano no va a enterar

se nadie - digo yo en mi ignorancia - aunque también me digo que ésta, tan cuidadosa del detalle, no hubiera consentido el único objeto ornamental como ella dice que tiene en la casa ir a comparlo malo; y que no lo será porque está bien enmarcado, como los buenos de las galerías caras y con su cristal mate, el que protege pero no hace brillos y fue por eso, porque no brillaba, que aunque supe que su cara estaba ahí no pude ver la expresión y sólo el brillo de sus pupilas y el de las perlas del collar cuando dijo:

-Una cabezonada, cuando pudo decir hacer el amor que ahora se lleva tanto y queda bien en cualquier parte".

Yo sí pestañeé, dos veces, haciendo memoria a ver si es que estaba yo pensando en algo raro sin darme cuenta o lo que ella había dicho era nada más algo mucho más inocente de sonoridad parecida y había entendido mal. Pero no hubo manera de que me acudiese a la cabeza paliativo ninguno por más empeño que apliqué a devanarme los sesos.

-Ni la más insulsa de las vidas - me atrincheré a toda prisa en el reciente sufrimiento arrinconado - está del todo libre de dificultades ni la más sencilla desprovista por completo de interrogantes, ni...

-Follar.

-Bueno, pues ea.

-Pero ni se han roto los cristales ni nada.

-No - dije, y sé que los miré como si tontamente quisiera comprobarlo.

-Pues, fíjate, estaba segura de que no lo iban a soportar.

-Pues ya has visto - pensé decir, pero como era una frase que me pareció muy sobrante me callé.

Y se quedó otra vez como que en otra cosa mirando a cualquier parte y abanicándose con el espejo como si fuera un paipay.

-Tenía que decirlo - agregó, incómoda quizá de que yo me mantuviera en silencio.

-Ah.

-Bueno - pobrecilla estaba un poco avergonzada -, sa bes de sobra que jamás antes dije algo semejante.

-Pues no veas qué bien hiciste. ¡Es una expresión horrenda!.

Puedo estar dando la impresión de ser persona ri...sí, ridícula por excesivamente remilgada, pero tampoco es tan así la cosa. Lo que me estaba sucediendo en aquel momento era que, así como todos hemos podido ver alguna vez cómo hay quienes - pocos quienes, es cierto, pero haylos - que pueden acercarse a Dios y estrujarle un barrillo de la punta de la nariz o arrancar una cana de sus barbas sin resultar osados - y aunque hayamos notado un algo de punzada de pelusilla hemos acatado el gesto y sólo nos hemos preguntado qué licencia otorgó el Supremo Hacedor al agraciado - yo estaba siendo testigo, con enorme estupor, de cómo ella, para nada investida de un atisbo de chispa en cuanto a sexualidad o a aledaños pueda referirse, se había precipitado en el tema escabroso con tanta delicadeza como un elefante irrumpiendo en una cristalería.

"-No. No había sido ella ungida por los dioses - dice ella dando la espalda a la acuarela y jugueteando ahora distraída con el hilo de perlas -, ni aun por el más roñoso, con la gracia de saber moverse en la sexualidad con desenfado y con soltura - así, con autoridad y tan convencida como si de verdad la conociera -, que todo lo tocante al cuerpo y al fluctuar de sus misteriosas sustancias humorales la atenazó siempre...que - se ríe - esto ni me lo contó él ni creo que se lo contara ella, lo sé...bueno, no importa, que ella contaba que...- y vuelvo a oír con mis propios oídos la voz de aquella otra que, desconocedora de que nosotras hemos hecho un paréntesis en su discurso, sigue como si la laguna nunca hubiera existido y que pero ni en sexua-

lidad ni".

Ni en sexualidad ni en un amplio espectro de materias cotidianas, que grabados a fuego se me quedaron los sudores que pasé una tarde queriendo sonsacarle un remedio que yo sabía que ella conocía concerniente a cierto asunto muy prosaico sí pero también muy inexcusable y allí venga dar vueltas a no sé qué sutilezas de tránsitos que por mis interiores no marchaban iba ya para diecisiete días y yo atascada sin encontrar la forma de hacerle comprender que es que ya me empezaba a urgir, caramba. Finalmente alzó una ceja, me dedicó una mirada desde arriba que me hizo pensar "soy una mierda despreciable" y se rebajó a una descripción somera que me hizo renegar de mi atrevimiento porque a ver quién era la guapa que se atrevía con "¿puedo al día si guiente hacer vida normal o sería recomendable cancelar todas mis citas?". De modo que terminé en una farmacia con un frasco que la boticaria, muy amable, me dijo que no que tranquila que como la seda y que ni un retortijón. Que ya vería.

"Pero que, que por favor, que hiciera el favor de no contárselo a nadie porque ella se había enterado de forma extra-oficial. Y naturalmente se lo prometí".

Por eso me tenía tan con los ojos a cuadros su arranque que del día que ahora te estoy contando; creo que únicamente por hacerte partícipe de hasta qué límites pienso que puede llegar la perplejidad en ocasiones me he resuelto a hablarte de ella, de mi relación con ella, de su concepción del mundo y de su apreciación de cuanto atañe a las conductas humanas.

La conocía de siempre, de toda la vida, si bien he de reconocer que mi aseveración puede estar distando mucho de lo que comunmente estipula por conocimiento el atenerse al contenido convencional que por un acuerdo social, o cultural, tácito pero tácito a voces, se ha dado en consignar bajo el mismo epígrafe que debiera estar - y este es mi juicio modesto o inmodesto que no voy a pararme a tasar - única y exclusivamente reser

vado a aprehensión.

Quiero decir que yo sabía interpretar en ella todo ese código de gestos, tics, inflexiones, silencios; yo tenía acceso a todo un cúmulo de claves que me permitían desentrañar los en tresijos de sus mensajes cifrados. Todos emitimos de continuo to do tipo de mensajes implícitos, ya lo sé, pero nada más si el que los lanza nos fascina se nos despierta el interés por su lectura.

Sabía sin embargo poco, poquísimas cosas de ella, casi nada en cuanto a datos o fechas o nombres o lugares fuera de los lugares y fechas y nombres y datos que en el discurrir de su vi da y la mía habían convergido a lo largo de los años y con inter valos muy irregulares.

Nuestro primer encuentro se remontaba a tantísimo tiem po atrás que me resulta imposible describirlo con palabras nada más porque por aquel entonces las palabras no existían ni para ella ni para mí; así de pequeñísimas éramos...

Tan pequeñas que cuando, a la edad de cuatro años, yen do un día por el Bulevar de las Rondas de la mano de mi madre ésta se paró frente a otra señora que también traía niña de la mano la miré como a quien estás viendo por primera vez.

Las señoras se dieron besos y dijeron intercambiando cortesías cada una que la hija de la otra era muy guapa y yo tu ve muy claro que la que más estaba diciendo verdad era mi madre, porque ella era una auténtica preciosidad aunque su mamá y por pura modestía, estoy segura, se obstinaba mucho en restarle im portancia y decía "oh, no es para tanto"; pero vaya si lo era.

A continuación de los saludos se hablaron de no sé qué cosas antiquísimas porque se remontaban a uno o dos dientes de leche y yo ya tenía un montón y mi madre dijo "esta niña nació el mismo día que tú" y yo me lo creí nada más por no ser desobe diente y cuando, en ese parloteo tonto por el que los adultos se deslizan como por un tobogán, añadió un imposible "¿no te acuer das?" no atiné a hacer acopio de arrestos para decir "no" y me

limité a centrarme en propinar medrosos puntapiés en la franja de tierra que entonces bordeaba el embaldosado con mi zapatito blanco de agujeros y suela de tocino mientras con mi mano hacía el gesto, sólo el gesto, de acariciar la oreja de un conejo marrón de terciopelo agazapado y acechante que ella sujetaba contra su nido de abeja con halago y, sólo por eso, por haber alargado mis dedos por tocarlo, aquella niña, con un movimiento rápido, lo colocó frente a mis ojos y al mirarla sobresaltada vi que sonreía y ante mi perplejidad marcaba dos afirmaciones vigorosas con su cabeza adornada de una pamelita.

Mi gesto al aceptar entre alborozada y nerviosa fue tan torpe que el conejo se cayó a la arena y ella misma lo recogió y cerró uno por uno mis dedos en torno al cuerpecillo de serrín.

Luego se quedó allí parada muy atenta a insignificancias tales como un gorrión viniendo a recoger una miga, un hormiguero, una mariposa no de las más llamativas, el arrastrar de pies dubitativo de un anciano, un perro de lanas, y todo con una sonrisa complacida y bailona que bullía a un ritmo trepidante de sus ojos a la nariz, a las mejillas, a los labios...

Luego, después de un corto palique - ¡pero si apenas se conocían! - las mamás se despidieron con besos y "adiós adiós me he alegrado mucho" y entendí que era hora de devolver el conejo pero, al alargárselo, ella rehusó con presteza y un beso breve en mi mejilla y no la volví a ver hasta la boda...o...no, no...espera, la boda fue después...mi hijo ya gateaba...sí, antes...como siete años antes doce años después, eso es, doce años...dieciseis y ella iba de uniforme, yo para el instituto no tenía y me pareció elegante y muy bonito con su falda tableada y...sí, lo que te digo, doce años más tarde en una librería de la calle del Arenal comprando unos libros de texto.

Ella, ella estaba comprando los libros de espalda y si la reconocí fue porque vi su sombrero - me explicó que era del

unifirme de su colegio -, desde fuera, yo en la acera, alguien salía justo cuando pasaba por delante y al echar una mirada casual al interior es cuando tropecé con el sombrero azul de pana y sin más entré mira qué loca que me podía estar equivocando, así, sólo un sombrero, y la toqué en el hombro y dije

-¿tú naciste el mismo día que yo?

y ella se giró, y pronunció mi nombre como si el pronunciarlo fuera para sus labios actividad de uso frecuente, y lo siguió de un "hola" y me dolió un poquito el alma de ver que su sonrisa bailaba o a mí me lo pareció al menos con mucha más desgana.

Y ya no se nos ocurrió nada más que decir y expliqué por rellenar el vacío "bueno, pues...me voy...Real Musical...partituras...piano" y ella replicó pensativa "pues yo tengo una oreja enfrente de la otra" y torció un poco la cabeza en un leve encogimiento de hombros como quien dice qué se le va a hacer, y yo "bueno...adiós" y cuando ya estuve casi en la puerta, ella, en tono un poco demasiado alto "es que estoy pasando una adol... - me acerqué deprisa porque algunas personas se habían vuelto a mirarla, y controló de nuevo - una adolescencia muy atravesada, ¿sabes? - ahora en un murmullo casi -, eso dice mi madre, pero... pero no he querido desairar tu piano", "ah - le digo -, pero si no es mío...voy al conservatorio y a una prof...", "no - le temblaron los labios y abrió y cerró su mano en el aire con impaciencia y los ojos se le empañaron -, no digo un mueble...- se le cayó una lágrima y:

-Si no logro expresar lo que pienso como lo tengo aquí - se tocó la frente - me terminaré volviendo loca. Hala, vete.

Se le había vuelto a escapar de las manos el tono de voz. Me dio la espalda con mucha brusquedad y salí de allí sin entender qué le pasaba.

"Y ya las partituras, en las que tan interesada había estado hasta apenas unos momentos antes, las compró, sí, pero

muy distraída, sin centrarse y con muy escasa consciencia de qué hacía y sin saber por qué motivos elegía ésta o aquella y dejaba a un lado cualquier otra y hablando como en tono propio, quiero decir igual que si ella misma con sus propios ojos hubiera visto como se las quedaba o las apartaba ésta quiero ésta no quiero ésta va a ser demasiado difícil y envolviéndose de nuevo en el chal porque ha debido de volverle el destemple".

Cuando volví a casa, lo primero que hice - no sabría decir por qué lo hice, pero sí recuerdo muy bien cómo me sentía, como con ansiedad, una especie de bola en el centro del pecho que se quería dilatar y me impedía respirar a gusto -, lo primero, fue buscar el conejo marrón de terciopelo y...porque durante aquellos años lo había tenido siempre conmigo, ¿sabes?, de muy niña incluso dormí con él mucho tiempo acurrucado aquí, en el hueco del cuello, y luego dando vueltas por la habitación, pues por cualquier lado, entre los libros, encima de la silla, a veces debajo del armario, pero siempre allí...y lo deposité en el cubo de la basura - no fue tirado, lo coloqué allí sin rencor ni desprecio ni tristeza ni ira -, lo acomodé, recuerdo, con bastante mimo y no me preguntes ya qué sentimiento de lejanía me vinculaba a aquel cuerpecillo ya casi vacío porque poco a poco se habían ido descosiendo las costuras y el serrín se había ido escapando tan lentamente que día a día casi no lo apreciabas y sólo lo allí, en la librería, cuando ella se llevó los dedos a la frente, me di cuenta de que prácticamente estaba hueco y...bueno, no importa...

"Que había dicho, terminando con un suspiro evasivo y ahora se sienta y ella también suspira aunque de forma desapasionada, o eso pienso, y agarrando con ambas manos los bordes del chal como si se agarrara de un columpio mira con indolencia al techo y silba bajito una melodía que conozco aunque no reconozco y yo me digo, como tantas otras veces, cuánto me gustaría saber silbar así de bien pero de golpe se ha parado, en seco".

Pero, ¿sabes?, si la adolescencia es chunga de la menopausia no voy a contarte nada; que la estábamos pasando de muchos bigotes. Cada una a nuestra manera, claro.

"Y ella a la suya y yo de ninguna, que ya estaba harta, todas haciéndose las interesantes y yo como una jovencita que ya no viene a cuento. Pero una vez que se me ocurrió decir qué envidia ¿cuándo seré yo también una señora madura y respetable? me contestó ¿eres tonta o qué?, con lo mal que se pasa y los yuyos tontos que le entran a una?".

Por ese tema de los calores y alteraciones del temperamento, bueno, y cosas así, alguna conocida o gente o yo qué sé la habían metido en canción de acudir a médicos e historias y aunque le dije "son bobadas, con tantas ruedecillas como tiene el engranaje de un cuerpo humano es fácil que te encuentren algún piñón un poco trafucoso y ya te lían; ya lo verás" no quiso hacerme caso y allá que se fue y, pues que eso, que en esa retahila de preguntas de rutina debió de revolvérsele algo encasquillado y no resuelto hacía mil años y le puso patas arriba todo el tinglado de traumas y de carencias arrastradas, o que las hormonas se le descabalaron, y todo lo respetable, pero que muy respetable dama que había sido tantos años saltó por los aires y se tiró una temporada soltando obscenidades y comentarios procazes en cuanto te descuidabas tanto así. Eso sí, ¿eh?, que cuando se le puso a nivel la laguna se saturó y, oye, ya nada; que se le pasó de repente y ya nunca más.

"Y me dijo ¿ves?, ella también; te digo de verdad que no es una época divertida. Y le contesté que por qué decía ella también como si tuvieran síntomas parecidos cuando tú le dije otras cosas raras puede que hagas, pero obscenidades nunca dices y ella se rió, siempre se rió con facilidad aunque no estuviera del todo contenta, y me contestó eso es como soy extranjera que era verdad aunque la habían traído siendo muy pequeña y apenas si tenía un poco, muy poco acento y se metió otra vez en el yo

de la rival como yo di en llamarla medio en broma".

Lo de la boda fue después, ya te digo, qué tonta estoy no te vas a enterar menos mal que eres listo. Unos quizá seis o siete años después, cuando la vi con el único hombre que jamás le conocí en la vida y ella dijo

-Mi prometido.

y tuve la impresión sin ningún fundamento de que locución... locución qué pedante soy a veces...locución tan enfática nada más estaba pretendiendo pasar por alto su falta de convicción al respecto, y más cuando sus palabras fueron acompañadas de un leve parpadeo como de quien dice "bueno, sí" y un imperceptible fruncir del entrecejo que distendió en seguida para, con un muy suave agitar de su mano en el aire entre el prometido y yo que leí como "bueno, venga, saludos" e interpreté más que como invitación como orden que obedecí cohibida y una pizca azorada, apartar negligente la vista de nosotros para seguir con atención el vuelo corto de un vencejo entre dos ramas.

Esto fue la tercera vez que nos encontramos, en una boda...pero ni suya ni mía, claro...en la que ninguna de las dos éramos invitadas de primera fila y en la que coincidimos por lo que generalmente suele llamarse pura casualidad y sólo estábamos allí ambas nada más de comparsa y ella me dijo, por lo bajo, "no entiendo yo esta manía de hacinar multitudes sin fuste" y ya no mantuvimos más diálogo porque a ninguna nos pareció muy interesante transmitirnos las respectivas vivencias de los últimos años que "van a ser, supongo - dijo - pues como las de todo el mundo, ¿verdad? - y me pareció que estaba teniendo muchísima razón y -: mira, para qué queremos darnos la lata contándonos nuestras vidas y terminando seguro por criticar a alguien, ¿verdad?". Y que porque que cuando todo va bien las palabras están de más pero cuando va mal es que alguien tiene la culpa.

-A menos, claro - agregó recapacitando tras una breve pausa - que lo que la esté aquejando a una sean dolencias.

Pero que a ella pormenorizar juanetes y menudillos le parecía horrible y muy grosero y, se ve que por cambiar de tema, añadió "hoy es nuestro cumpleaños", pero así, escueta y sin acompañarlo de felicidades ni nada y yo tampoco me decidí por deseárselas por si le parecía tópico o poco elegante. Cumplíamos veintitrés.

Al terminar el convite y tras una despedida concisa y sin bobadas de esas de que nos habíamos alegrado de vernos tan guapas ni intercambiar teléfonos ni paraderos y sin ni un "a ver cuando coincidimos de nuevo" nos marchamos por lados diferentes.

Yo sí me había casado, y muy joven, a los veinte, te dije, mi hijo tenía un año y tres meses y estaba ya embarazada de la niña; pero como era de muy poco y no se me notaba no dije nada porque me dio cortedad incomodar a persona tan exquisita con angustias y con arcadas y con nauseas y que me sentía fatal, sobre todo por las mañanas pero, si me pasaba lo mismo que con el primero, al llegar al cuarto mes se me pasaría. Pero no se lo dije.

Pero a veces la vida parece que se emperrea ¿sabes? que volvimos a tropezar, diez años después, sí, los entreactos hasta entonces fueron largos...y sin contar con ello para nada, que yo ni la miré, no con la consciencia de ser a ella a quien tenía delante absorta como estaba en tratar de orientarme allí perdida en el centro de la ciudad que apenas conocía y con toda la calle levantada, saltando casi entre las zanjas y obstinándome en leer el papelito con la dirección porque si no era mirándolo estaba segura de que me perdería como si mi memoria no pintara nada.

No me resolvía a preguntar a nadie porque todo el mundo parecía muy atareado, muy a sus cosas presurosos todos y caminando rápido; por eso me atrajeron, al levantar la vista por vigésima vez de la notita, unos pies muy bien calzados que se me acercaban como quien pasea y dispone de toda la mañana para uti

lizar en no hacer nada en tanto yo tan necesitada estaba de dar con el maldito sitio y acariciando la esperanza de mi subsistencia que amenazaba, ya te dije, a en el plazo de no más de tres días dejarme plantada.

Y la abordé nada más que por eso, porque me infundió serenidad y atrevimiento su andar tan sosegado y dije, pero ya te digo, sin siquiera levantar del todo la vista hasta su cara de tan afanosa por llegar al Paraíso que iba ya con retraso. Y dije "por favor...", y ella me replicó, igual que cuando con su sombrero, pronunciando mi nombre seguido de un "hola" y hablando sin imprimir en su saludo énfasis, como si encontrara de lo más lógico que precisamente yo estuviera exactamente allí justamente enfrente de ella y no de cualquier otra de entre los no sé cuántos millones de habitantes que pueblan el planeta y se cruzan accidentalmente en las esquinas sin conocerse ni haberse visto nunca, que es lo normal; pero no, a ella no le pareció para nada raro el asunto y yo me admiraba para mis adentros de cuántas circunstancias habían ido concurriendo para que estuviera allí yo ahora, una mujer adulta y con dos hijos y un pasado, recién aterrizada como si fuera nueva en el mundo y confusa y pensando sólo no voy a saber manejarme y nada más.

Dije solamente "¡qué casualidad!", yo sí que con muchísima sorpresa. Y ella se limitó a alzar una ceja como quien hace un esfuerzo por descifrar qué será eso y me miró con el mismo brillo del día del bulevar y que había yo echado con pesar de menos en la librería y en la boda y le expliqué con mucho atropello que buscaba la dirección del papelito improvisando, no sé cómo anduve tan ágil de inventiva, que era una tienda de instrumentos musicales - tal vez porque mi incapacidad para mentir me empujó hacia el piano...una asociación de ideas...el piano que de veras me esperaba y que ya estaría por cierto empezando a impacientarse -, que un sobrino me había encargado una armónica.

Me orientó con un par de indicaciones muy sencillas,

estábamos muy cerca, y coligiendo que estaba yo de paso en la ciudad me invitó, y me dejó del todito perpleja, que no me lo esperaba, a:

-Si te quedas unos días llámame si te apetece - y me alargó la tarjeta de un hotel que sacó de su bolso y aclaró -: vivo ahí.

Y yo:

-También estoy en un hotel...de paso, claro.

Y ella:

-Yo, siempre.

Y nos despedimos y aunque llevaba yo mucha prisa, ya te digo, no pude evitar el quedarme unos instantes mirando su es palda y ese caminar tan distendido suyo, según se alejaba, y su no sé qué halo de distinción que siempre la acompaña.

Cuando salí después de la entrevista tenía la moral por los suelos; me sentía totalmente perdida y sin saber qué ha cer ni hacia dónde tirar porque regresar a la pensión y encerrar me a rumiar mis errores me ponía todos los pelos de punta pero en alguna parte tenía que meterme, no podía quedarme todo el día deambulando por las calles como una vagabunda y, por otro lado, el poquísimos dinero que tenía no podía malgastarlo, que lo nece sitaría para comer.

Y a cuenta de la consideración tan prosaica del comer y del dinero me fui abismando en pensamientos tristes; sin dejar de caminar, claro, no me iba a parar como una tonta en mitad de la calle sin más estorbando a todo el mundo y por eso seguí y seguí y sé que pensaba cosas tristes como lo tirano que es el cuerpo y cosas por el estilo sin dejar de caminar y cruzando los semáforos únicamente si los encontraba en verde, si estaban ro jos torcía por la primera esquina porque una dirección u otra me daba lo mismo y para qué iba a esperar preguntándome si la malí sima situación en que me encontraba no estaría siendo una espe cie de castigo por mi mala cabeza y a todo esto con unas ganas

enormes de ir al baño, que me estaba haciendo pis y al final no me quedó mas remedio ya que entrar en una cafetería, ni bonita ni nada de esas con el suelo perdido de servilletas arrugadas, y pedir un café y allí ya fui al baño y luego, mientras bebía un cortado y en el platito un charco y el sobre del azucar mojado, miraba una máquina tragaperras pensando si probar suerte pero me respondí "la suerte no se prueba, se tiene o no se tiene y no hay más" y que, como muy bien decía mi madre jugar por necesidad perder por obligación como de siempre había sido tan pero tan re framera.

Pero mira, en lo que sí que salió ganando es que con el exceso se le destrabó el agarrotamiento y como por todo lo de más sí que la acompañaba bastante fluidez ya se podían tratar con ella temas tal vez quizá un algo delicados; que podía salir, si me apuras, más airosa que nadie.

"Ella también - dice, y como reconozco en su voz la propia suya entiendo que ella también está yendo por la rival y busco en el pasado el momento en que la rival se olvida de sus penurias de aquel día para regresar a su amiga y que se le corrigió el vicio de decir palabras malsonantes -, ella también desde aquel día cambió, o un poco al menos, y parece que empezó a tomarse la vida con algo menos de agonía".

Aquella primera tarde que te digo, un día o dos después de lo del médico - porque ha vuelto a investirse de la voz que no es suya, y yo que esperaba saber que sucedió después del cortado veo que tendré que esperar o quedarme quién sabe si para siempre ya sin enterarme - fue la más escabrosa. Yo, allí, abochornada toda sin saber qué decir; y ella con su paipay no sé si esperando un soplamocos o un aplauso y una sin saber qué hacer porque una, es natural, tiene también su historia y si no recordada en la misma pared de la misma escalera y sentada en el mismo peldaño mirando un ascensor también averiado...en cualquier otro sitio y contemplando con la misma sensación de vacío todos

los artilugios usuales que una arrastra consigo como si fueran necesarios; que quién no ha tenido muchas veces torbellinos dentro de la cabeza y el presente y el pasado y el futuro y los recuerdos y los proyectos enredados.

Pero tampoco tuve tiempo de mortificarme gran cosa porque de buenas a primeras dejó de abanicarse - suelta el chal y salta del columpio...no, no saltó hasta un poco después, ahora solamente lo ha parado pero sigue aferrada de los bordes y se balancea suave con sus tacones juntos sobre la alfombra persa; y vuelve a recostarse -, depositó el espejo en el suelo y volvió a la carga...¡oye - ahora sí que salta, y sin manos, y se queda de pie mirando en torno y con su mano extendida indica un espacio que bien pudiera ser el nuestro - que donde ella viviera las cosas había que ponerlas en el suelo porque no había otra parte! - y ahí sé que se está refiriendo a otro espacio porque puede ser desordenada, y lo es, pero en el suelo jamás dejará nada, que me da una sensación de abandono que me pone un nudo en el estómago dice -, nada más le gustaba el espacio vacío y todo lo que consideraba sobrante y adornos y cuadros y todo mandaba que se lo llevaran. De modo que dormía en un canapé de ochenta, y aún protestando que a ella le sobraba y le quitaba sitio; y una mesa, y una silla y la cómoda y un armario y porque le dije "y ¿cuando yo venga dónde me siento que no soy nada ágil?" un sillón de orejas en mi honor.

Dejó, pues, el espejo en el suelo y volvió al tema:

-Pero, y qué pasa por eso, ¿eh? - mirándome ahora inquisitiva y sorbiendo, con la barbilla alzada y como si me estuviera reprochando no se han roto pero motivo había, y la culpa la tienes tú..."¿yo? - respondí sobresaltada, pero como ni me miró comprendí que no había llegado a despegar los labios" y como repliqué tan sólo con un gesto evasivo de los hombros me riñó apuntándome severa con su dedo índice -: esconder la cabeza debajo del ala no soluciona nada.

-¿Y quién necesita soluciones a estas fechas?

"No - me dije -, si todas somos de la misma quinta - pero cuidándome de no decirlo en alto porque me contestaría, como suele tú calla, que todavía no tienes desarreglos".

-Lo que te digo - enderezó la espalda y alzó mucho la barbilla -: ¡debajo del ala!

"Ella ha echado también la cabeza hacia atrás y, al retirarse el pelo, se olfatea la axila con remilgo y a ver si voy a estar oliendo a sobaquillo, que es muy maniática y más con las calorás, como decía mi madre, dice".

-No es eso - intenté buscar consideraciones -, es sólo que...

-Para nosotras puede ya no importar, es cierto...me refiero, en general, a tabúes y cosas.

-¡Tabúes!. Hija mía - me pasé al terreno de la desenvoltura -, en los tiempos que vivimos todos los tabúes están pero que muy holgadamente superados.

-Pues por eso.

-¿Pues por cuál? - supe enseguida que lo había dicho mal pero como el camino lo había escogido ella no me quise entretener en rectificaciones porque no pareciese que me quería despistar.

- "Por cuál", "el qué" yo sin embargo, mira (dice) lo hubiera pasado por alto como con los relativos no acabo de acla-rarme (y es verdad que a veces los confunde. Desentendida ya de si le está oliendo o no el sobaco y mirando por la ventana muy campante) - echó la cabeza hacia atrás y dejándose caer sentada sobre los talones desnudos emitió una risita breve -: "lo qué", "cualo"...¿sabes?, es un guateque y... ¡es una bobada!, pero - yo la esperaba con el desencanto del que sabe que el chiste que van a contarle le resultará mucho menos divertido que al narrador, ¿pero qué podía hacer? - es un guateque y uno le pregunta a una estudias o trabajas, y ella pregunta lo qué y el dice ¡trabajas! -

dando un par de palmaditas en el aire y pasando a un tono condolido para decirse ella sola "¡ay qué bobada más tonta!" y sin pausa ni intervalo mirarme con mucha gravedad y ordenar -: al tema.

-Algo de tabúes - apunté perezosa.

"No parece haber nada interesante fuera, que suelta la cortina displicente y ahora camina colocando un pie exactamente delante del otro, como por una línea de la que pudiera caerse y mirándose los pies atenta".

-Eso. Sí. Que se les ha dado la vuelta y los que antes van ahora vinieron.

Denegué con la cabeza indicando no entender.

-¿Van? - al final pregunté -¿a dónde van?

"Se para y mira su camino recto e invisible con ojos de perplejidad, que tentada estuve de decir yo no me lo he llevado y pasa a taladrarme, muy envarada".

-¡Oye. Es nada más una forma de hablar!

Otra vez a gatas se desplazó hasta el cajón de su cómoda, donde tenía todos sus tesoros, y desde allí me habló por encima del hombro:

-¿O es que piensas sacar punta a todo lo que diga?

-No es punta...

Se había aplicado con fruición a revolver e iba tirando naipes al suelo; que siempre le han gustado las barajas a pesar de no saber jugar a nada.

-Mira - dice -. Un as de espadas. Guerra. Quiero decir - ahora regresaba barajándolas, caminando sobre las rodillas - que cuando una prohibición desaparece tienes que atracarte de fruto prohibido, y como se te ocurra decir que no gracias ya se te ha caído el pelo. La aberración pasa a ser el rehusar.

-Tampoco hay nada que obligue a...

-Hay muchas formas de cortar. Anda, coarta.

-Es al revés - señalé. Y las puso boca arriba.

-No...

-Sí - y se puso a repartirlas -. Yo te puedo contar...

-Hay pocas - indiqué, porque ahí no había ni media baraja.

-¿Qué sabrás tú?

-Salta a la vista.

-Bueno, vale - resopló resignada y las volvió a juntar -, corta. Sé de una que la viví yo misma.

Se había quedado con la mitad de los naipes que no ignorase en el cajón - la otra mitad la tenía yo, que había puesto mucha voluntad en ser ecuaníme - y ahora iba dando la vuelta a los suyos prestando minuciosa atención a colocarlos cada uno sobre la moqueta en vertical u horizontal con respecto al anterior en una especie de solitario que nunca le saldría.

-Un domingo por la mañana en el trabajo...- se llevó los dedos a la boca conteniendo un instante la respiración como si hubiera cometido un irreparable error - ah, ¡es aquí! - y un siete de copas que estaba a la derecha de un dos de bastos lo tomó de una esquinita y fue a colocarlo con esmero en vertical hacia abajo con un caballo de espadas que ya estaba bajo el dos de bastos -. Así, sí...- que consideró una disposición más razonable -, una guardia de domingo por la mañana y estábamos jugando a...con números que la que hacía te preguntaba...aquí...no te preguntaba tampoco...no...mira, éste no puede quedarse tan solo - por un caballo de bastos que se había quedado suelto a la derecha sin enganchar con nada -. Tú ibas apuntando en un papel unas fechas tuyas que ella te iba pidiendo aunque no se las tenías que dar...no, no, este rey aquí no...porque esa era la gracia - de un trozo de mazo le salió un seis de copas que asignó en diagonal abajo a la izquierda de un tres de oros - y luego tú sumabas, restabas...le decías a la maestra el resultado y ahí estaban tu edad y el número del zapato - y sacó otra carta pero no le gustó y volvió a barajarlas -: Veintiocho.

-Un juego infantil - declaré, y un poco absorta alar

qué una mano por alzar uno de sus naipes.

-¡Cuidado! - y ante su alarma lo solté presurosa -. No era mi piececito. ¡¡Veintiocho años!!

-Pues tampoco eran tantos - alegué, mirando con envidia la lógica inenarrable de sus cartas.

-Demasiados, resulto a juzgar por el pitorreo, para estar sin probarlo.

-¿Probar qué? - y creo que me puse roja pero no me miró.

"Ella sí me mira ahora y pregunta ¿por qué se puso roja? y le contesto, que soy una cínica, que no sé la que lo está contando eres tú y ella dice sí, si me enteré en seguida, pero, antes, quiero decir, ¿había que sobrentender? y yo le explico que en aquellos tiempos, aquí, cuando se aludía a algo sin nombrarlo ya se sabía que se estaba uno refiriendo a eso que estaba en el pensamiento de todos y que no era la política".

-Es que una de las preguntas era...- contempló con concentración su jugada -...el...el tiempo transcurrido desde que habías hecho el amor...- junto al caballo solitario de la derecha depositó a la izquierda el cinco de espadas que acababa de volver -...por última vez y...todas habían entregado sus resultados y yo todavía emborronando...- contó sin volverlas las cartas que le quedaban, media docena -, porque en realidad había terminado la primera pero por asegurarme dije "en años, ¿verdad?" - y volvió uno, que era el ocho de bastos y lo puso en diagonal a la izquierda arriba del tres de oros -...y entonces todas se rieron y dijeron que...- y ahora sí que dio la vuelta a las cinco que le quedaban, pero, para no hacerse trampas, las juntó y volvió a barajarlas - días...que tenían que ser días y ya...pu es...- con el revés de la mano derecha se secó una lágrima triste que le resbalaba por la mejilla izquierda - pero ya, ya pues la que tenía curiosidad era yo y...- yo ya había visto en sus cartas al alzar la mano que la última que jugaría iba a ser el

tres de espadas - bueno, hice la cuenta y... diez mil... - dio la vuelta a la primera y un caballo de oros - doscientos...- iba a volver la segunda, pero decidió barajarlas - cincuenta...- le vantó tres de golpe y las colocó de izquierda a derecha as de es padas rey de bastos tres de espadas que a mi cortito entender son cartas malas - yyy...tres. Estábamos a finales de junio, ha cía un poquito más de un mes que los había cumplido. Bueno, que tú también.

"Y estuve a punto de decir te has metido demasiado en su yo; tú y yo no nacimos en el mismo día, no nacimos ni en el mismo año...pero inmediatamente me di cuenta de que quien se ha bía metido en unos oídos que no eran los míos había sido yo y tuve que hacer un esfuerzo para no verla descalza y jugando a unos naipes que ella no tenía, y haciendo unas confidencias de su vida privada que ella, aun desenvuelta y libre de prejuicios, suponía, no haría jamás porque era, o es, de esas personas que sostienen que hablar de los sentimientos es, dice, casi obsceno aunque yo siempre pienso que está queriendo decir algo más suave y que no encuentra y que de los sentimientos ¿para qué hablar, cuando digas lo que puedas decir con las palabras todo lo que estás desconociendo de tí misma estará lanzando su propio discurso infinitamente más sincero?"

-Bueno - demandé - ¿y el final? - que quedaba una car ta sin volver.

-Pues...únicamente por orgullo herido...- ahora mostr ba entre moqueos una sonrisa dolorida y con la mano derecha fro taba la carta boca abajo contra el suelo -...decidí probar. Cla ro.

Y volvió la carta.

-¿Y?

-¡No estarás esperando detalles!

-Quiero decir la carta.

-Ah, la carta. Mira, el diez de bastos - y como no pu